

Europa y America en el pensamiento de Condorcet

Europe and America in Condorcet's works

Arsenio Ginzó Fernández

Universidad de Alcalá de Henares
Madrid - España

Resumen

El artículo analiza en primer lugar la idea de Europa en Condorcet, una idea que resultaba central en el discurso de los pensadores europeos del siglo XVIII. Pero la reflexión condorcetiana sobre Europa es a la vez una reflexión sobre América, una vez que se produce la llamada Revolución americana. Condorcet analiza el influjo de esta Revolución en la renovación de Europa y trata de encontrar tanto las convergencias como las diferencias entre la vía americana y la francesa (europea) hacia la libertad política.

Palabras clave: Europa; América; Ilustración; Revolución; pensamiento político.

Abstract

This article first analyzes the idea of Europe in Condorcet's work, undoubtedly a fundamental idea of European thinkers of the eighteenth century. But Condorcet's reflection on Europe is at the same time a reflection on America once the so-called American Revolution took place. Condorcet analyzes the influence of this Revolution on the renewal of the old Europe and tries to find convergences as well as differences between the American and the French (European) approach towards political freedom.

Key words: Europe; America; enlightenment; revolution; political thought.

Introducción

Como es sabido, el pensamiento de Condorcet, en cuanto la figura más importante de la segunda generación de la Ilustración francesa, es objeto de una reivindicación y de un estudio crecientes, especialmente a partir de la conmemoración de la Revolución francesa. En un autor tan marcadamente polifacético múltiples son los aspectos objeto de un renovado estudio que permite arrojar nueva luz sobre esta destacada figura de la Ilustración, y a la vez sobre la época tan significativa que le correspondió vivir.

En las páginas que siguen pretendemos analizar un poco la recepción condorcetiana de un binomio que sirvió como catalizador de la voluntad ilustrada de emancipación, a modo de horizonte cualificado de sus luchas y combates: el binomio Europa (especialmente Francia) y América (Estados Unidos). El periodo que media entre la llamada Revolución americana y la Revolución francesa fue de una particular fecundidad e intensidad en lo concerniente a las relaciones entre Europa y América, y Condorcet ocupa, también a este respecto, una posición peculiar.

En realidad Condorcet se nos presenta como una destacada figura mediadora en múltiples planos: entre la Ilustración y la Revolución en cuanto fue la única gran figura de la Ilustración que tuvo que enfrentarse con el proceso revolucionario, y lo hace precisamente como heredero del legado ilustrado. También lo es en lo referente a la mediación entre la Ciencia y la Política. Siendo un representante especialmente cualificado de la corriente científica de la Ilustración, Condorcet fue a la vez un autor profundamente preocupado por la Ciudad, por la racionalización de la vida política, ardua tarea para la que el universo científico habría de ofrecer las directrices más seguras. La Ciencia habría de ponerse al servicio de la racionalización de la vida política. Sólo así el saber científico alcanzaría su finalidad última. De ahí los constantes esfuerzos de Condorcet a este respecto.

Pensamos que esta actitud mediadora se puede advertir también en la confrontación de Condorcet con el mencionado binomio: Europa/América. Por una parte Condorcet se nos presenta como la consumación de un siglo de profunda vocación europeísta, uno de los periodos en el que el referente europeo alcanza una especial plenitud. Condorcet, como heredero cualificado del legado ilustrado, lo es también de su vocación europeísta, de forma que en una aproximación a la idea de Europa en el seno del pensamiento moderno, debe haber un lugar para Condorcet. En el marco de la Europa ilustrada de la segunda mitad del siglo, Condorcet se nos presenta como un referente cualificado, sin duda desde el horizonte científico, pero también desde el político.

Pero Condorcet se va a convertir a la vez, al menos durante un tiempo, en un significado “americanista” que vuelve su atenta mirada hacia el modelo que América acababa de ofrecer al mundo. Tal modelo resultaba tanto más fascinante cuanto que América, aun sin disponer en su ámbito de una serie de figuras equiparables a las de la Ilustración europea, podía ofrecer, sin embargo, algo que los europeos todavía andaban buscando infructuosamente: la realización práctica de la emancipación política propugnada por la Ilustración, tal como acababa de confirmar dolorosamente el fracaso del intento de Turgot de emprender un proceso de reforma y racionalización del Antiguo Régimen. De aquí que el propio Turgot dirija su mirada hacia los acontecimientos americanos y reflexione sobre la forma de hacerlos útiles para Europa.

También en esto Condorcet se iba a convertir en un aventajado discípulo del ministro reformista, en cuanto que desde un principio se va a situar en la primera línea del sector americanista del pensamiento y la política franceses que buscaban una orientación para Europa en los acontecimientos ocurridos al otro lado del Atlántico.

En un momento en el que el pensamiento europeo vuelve a reencontrarse con el legado de la Antigüedad clásica, el “moderno” Condorcet prefiere tomar como referente una Revolución coetánea, la Revolución americana, como estímulo y modelo de la renovación de Europa, de forma que al preocuparse por América, en definitiva se estaba preocupando por el destino de Europa.

El estallido revolucionario de 1789 iba a polarizar de nuevo la atención sobre Francia, y por extensión sobre toda Europa. Condorcet fue perfectamente consciente desde un principio de que la Revolución francesa era algo más que un trasunto francés, revistiendo por el contrario una dimensión europea y en definitiva universal. Se trata de un enfoque que asoma una y otra vez en los planteamientos de Condorcet.

Por otra parte se va a producir ahora una nueva concentración en el análisis del horizonte europeo, pues la Revolución francesa había supuesto una nueva realización de los ideales ilustrados, junto con la americana. Tal circunstancia no podía menos de implicar una reconsideración de las relaciones de Europa y América. En lo que sigue vamos a intentar exponer los aspectos básicos de esta temática.

Los maestros de Condorcet

Como ilustrado de la segunda generación, Condorcet se encontraba en deuda profunda con las conquistas y logros que había ido realizando el movimiento ilustrado. Dentro de este horizonte

general cabría destacar, no obstante, la relevancia del magisterio de autores tan señalados como D'Alembert, Turgot y Voltaire. Condorcet reconoce sin rodeos su ascendiente y su influjo en el movimiento ilustrado, y asimismo en su propia formación personal. Pues bien, uno de los aspectos que glosa en estas tres destacadas figuras es su proyección europea, un rasgo que Condorcet comparte y desea prolongar. Merece la pena detenerse un momento en este punto.

Comencemos por la señalada figura de Voltaire que también a los ojos de Condorcet aparece como el Patriarca de las Luces, como el jefe espiritual del movimiento ilustrado. Así, por ejemplo, en el combate desencadenado entre las fuerzas oscurantistas que arrojaban al Antiguo Régimen y los filósofos, la figura de Voltaire se le presenta como el jefe del bando filosófico “por su edad, su celebridad, su celo y su genio”¹.

Cabe imaginarse lo emocionante que tuvo que resultar para el joven Condorcet cuando en 1770, en compañía de su valedor D'Alembert, visita a Voltaire en su residencia de Ferney y es presentado al representante más ilustre del movimiento ilustrado. Voltaire se percata rápidamente de la valía del joven representante de la nueva generación ilustrada y no duda en arroparlo con toda su autoridad y prestigio.

Pues bien Ferney se había convertido en un destacado punto de referencia de la Europa ilustrada. No sólo de Francia sino de toda Europa se acudía al lugar de residencia de Voltaire para rendirle pleitesía, para confiarle sus causas y granjearse su beneplácito y su sanción legitimadora. Condorcet nos deja constancia de este valor referencial de Ferney, a nivel europeo: “Ferney constituía un asilo en el que Europa se apresuraba a rendir tributo a Voltaire”². Cuando el propio Voltaire podía escribir a la altura de 1767: “Veo con satisfacción que se forma en Europa una república inmensa de espíritus cultivados”, él desempeñaba un papel relevante en el hecho de que ello fuera así.

De acuerdo con esto Condorcet destaca la figura de Voltaire como un preceptor destacado de la Europa ilustrada: “los escritos de Voltaire instruyen a Europa”³. Aun cuando el “ministerio de la razón” ejercido por Voltaire afecta ante todo a Francia, convirtiéndose en su referencia intelectual y moral, nos encontramos, no obstante, ante una figura que sólo a nivel europeo alcanza su verdadera dimensión. Es ahí donde se encuentra esa “república inmensa” de espíritus cultivados que leen entre otras cosas los escritos de Voltaire. Por ello Condorcet no duda en afirmar que en toda Europa se había formado una especie de liga que se había ido configurando en torno a los ideales de razón y tolerancia y cuya alma vendría a ser Voltaire: “Si en una nación se cometía alguna gran injusticia, si llegaba a sus oídos algún acto de

fanatismo, algún insulto hecho a la humanidad, un escrito de Voltaire denunciaba los culpables a Europa”⁴. Estamos ante la consabida filosofía militante de la Ilustración, nueva dispensadora de legitimidades. El asunto Calas desempeñó un papel paradigmático. Europa aparece como un referente habitual de esta filosofía militante.

Aparte de esta condición de preceptor de la Europa ilustrada, Condorcet destaca otro aspecto más específico del magisterio volteriano: su condición de “preceptor de príncipes” a lo largo del Continente. También en este punto estamos ante una temática que encaja profundamente en el universo ilustrado: el filósofo como preceptor del príncipe en el horizonte de la vieja utopía del rey - filósofo. También en este marco Voltaire habría gozado de un predicamento especial, tal como señala Condorcet: “La emperatriz de Rusia, el rey de Prusia, los reyes de Polonia, Dinamarca y Suecia se interesaban por sus trabajos, leían sus obras, procuraban ser mercedores de sus elogios, lo secundaban a veces en su actividad benefactora”⁵. Sin duda también para los poderosos un elogio público de Voltaire tenía una nada desdeñable relevancia política y los soberanos europeos lo sabían bien.

También en su recepción de D’Alembert resalta Condorcet su dimensión europeísta. Condorcet valoraba altamente la existencia de una república de las ciencias que se hallaba dispersa a lo largo de la Europa ilustrada. Pues bien, en esta peculiar república D’Alembert vendría a reparar el “honor” no sólo de Francia sino también del Continente europeo que hasta entonces no tendría nada importante que oponer a los descubrimientos de Newton⁶. Por ello la república de las ciencias a lo largo y ancho de Europa le consideraba su “maestro” y su “modelo”, cuya muerte constituye una pérdida difícil de reparar⁷.

También la colaboración de D’Alembert en la *Enciclopedia* propiciaba su proyección europea. En efecto, aun cuando el mérito principal de la obra se deba a la intervención de Diderot, D’Alembert era el autor, entre otras cosas, de un escrito tan significativo como el *Discurso preliminar*, una auténtica declaración de principios de la visión ilustrada del mundo. Pues bien, tal Discurso contribuyó eficazmente a la difusión del diccionario enciclopédico a través de la Europa ilustrada. Condorcet no dudaría en compartir la afirmación de Voltaire: “El *Discurso preliminar* de D’Alembert es aplaudido por toda Europa”⁸.

La *Enciclopedia* constituyó un instrumento eficaz en la configuración de la Europa ilustrada, un instrumento altamente apreciado por Condorcet que no dudaba en concebir el Gran diccionario como “el más bello monumento que jamás haya concebido el espíritu humano”⁹. Era demasiado joven para haber participado en la

primera edición de la obra, pero va a tener alguna intervención en las ediciones posteriores del Diccionario enciclopédico. Cuando el editor Panckouke quiso llevar a cabo una edición completa y puesta al día de la obra, Condorcet es invitado a colaborar con D'Alembert, y lo mismo ocurre cuando el mencionado editor proyecta publicar la denominada *Enciclopedia metódica*, organizada por materias. Para entonces D'Alembert ya no estaba en condiciones de colaborar, de forma que sólo Condorcet, tal como señalan E. y R. Badinter, “encarnará todavía todo el espíritu de la primera generación”¹⁰.

De esta forma, también para Condorcet la *Enciclopedia* va a constituir un cauce de su proyección europea, como enciclopedista de la segunda generación.

Recordemos por último que también al evocar la figura de Turgot, aquel autor que iba a mostrarse tan decisivo a la hora de conformar los ideales políticos de Condorcet, emerge la dimensión europeísta del gran autor ilustrado. En primer lugar Turgot aparece convencido del papel protagonista de Europa en la ilustración de la humanidad: “sin las luces de Europa, el género humano habría sido condenado a una eterna ignorancia y a desastres perpetuos”¹¹. De ahí también que el magisterio de Turgot pretendiera, más allá de las peripecias francesas, ofrecer una valoración crítica de los problemas que pudieran surgir a lo largo del Continente: “Si se le hablaba de un abuso, de un desorden, fuera cual fuere el país de Europa de que se tratara, fuera cual fuere la rama de la legislación en cuestión, él conocía el origen del mal, sus efectos, las causas que prolongaban la duración y los medios de destruirla”¹².

Los proyectos reformistas de Turgot, que tanto interés suscitaron en Condorcet y sus amigos, suponían la vanguardia del pensamiento europeo y en este sentido sólo una minoría en Europa estaba en condiciones de comprender debidamente su alcance. Indicaban, no obstante, la correcta dirección para hacer frente a los males que aquejaban a Europa, empezando por Francia. En esa misma dirección se ha de situar también la fascinación que en sus últimos años iba a sentir por los acontecimientos que estaban teniendo lugar en América. Como tantos otros, Turgot se estaba esforzando por sacar conclusiones útiles con vistas a la reforma de Francia, y en última instancia de Europa.

Condorcet es el representante más cualificado de la segunda generación de la Ilustración francesa. En condición de tal su pensamiento resulta incomprensible al margen de su apropiación crítica del legado que le transmitieron los grandes protagonistas de la primera generación, especialmente las tres figuras que se han destacado. Una parte de ese legado es la relevancia que se concede al problema de Europa. También en el pensamiento de Condorcet la referencia a

Europa ocupa un lugar de primer orden, consumando así un siglo de profunda vocación europeísta.

Condorcet y Europa

Resulta en efecto impresionante la frecuencia con que Condorcet se refiere a Europa ante cuyo tribunal han de dirimirse cuestiones relativas tanto al ámbito científico como al sociopolítico. Sin duda el pensamiento de Condorcet tiene un alcance marcadamente universalista, en un siglo donde, como es sabido, impera un talante cosmopolita propiciado sin duda por el nuevo “catolicismo” de la razón ilustrada que aspira a llevar a todos los hombres dispuestos a cultivarse el nuevo mensaje emancipador.

No obstante, no es menos cierto que Europa detenta para Condorcet un especial protagonismo en esta tarea. Cabría señalar que Europa desempeña un importante papel mediador hacia las ideas de humanidad y de racionalidad¹³.

Sin duda Condorcet compartía la visión sombría de Turgot acerca del destino de una humanidad desprovista de las luces provenientes de Europa. Este problema aflora a menudo a lo largo de su obra, pero de una forma especial en el *Bosquejo*. En este ensayo nos va describiendo las diferentes etapas a través de las que Europa va protagonizando, especialmente a partir del Renacimiento, la emergencia de un nuevo universo científico y filosófico que va a conducir a la Europa de las Luces en la que habrían de aunarse progreso científico y creciente emancipación de la condición humana, por muchas que fueren las dificultades que subsistan a la hora de implantar en la realidad las nuevas conquistas del pensamiento crítico y emancipador.

Lamentablemente la pasión por la objetividad y el talante crítico y abierto, cuestionador, de que hace gala Condorcet, incluso en los momentos bien difíciles provocados por los avatares revolucionarios, no es suficiente para que el gran ilustrado haga la debida justicia a las aportaciones de la Europa medieval, que pensamos que no son pocas. El relato de Condorcet resulta en este punto estereotipado y unilateral. El *Bosquejo* sigue en este caso el punto de vista tópico de la Ilustración, incluyéndose el ofrecido por D’Alembert, uno de los maestros de Condorcet, en su *Discurso preliminar*. Nos encontramos sin duda en las antípodas del manifiesto de Novalis *La Cristiandad o Europa* donde aparece una nueva sensibilidad ante la Europa medieval.

Condorcet se va a complacer por el contrario en descubrir los avances y progresos del espíritu moderno en Europa a partir de la invención de la imprenta, la difusión del libro, los nuevos descubrimientos en todos los órdenes y la creciente actividad científica

y filosófica, por mucho que intentaran impedirle la censura y la Inquisición. Condorcet no puede menos de destacar como a una especie de “padres fundadores” de la Europa moderna en primer lugar a F. Bacon que tan certeramente supo prever el papel reservado a la ciencia y a la técnica en el mundo moderno. El ideal esbozado en la *Nueva Atlántida* baconiana no podía menos de suscitar la admiración de Condorcet. Por otra parte, Bacon había sido considerado como un referente destacado de todo el movimiento enciclopédico en cuya consumación se encontraba Condorcet. Junto a Bacon aparece Galileo que personificaba no sólo la madurez de la ciencia moderna sino que a la vez simbolizaba el triunfo de la nueva racionalidad sobre los prejuicios y el oscurantismo.

En tercer lugar destaca Condorcet a Descartes cuyo protagonismo en la fundación de la moderna filosofía europea, en especial del talante crítico que debe presidirla, resultaba algo indiscutible para Condorcet, para quien, además, no dejaba de ser fascinante la aportación cartesiana a la matematización de la nueva cultura¹⁴. Finalmente estaba presente la aportación cartesiana a la proyección de la cultura francesa sobre Europa.

De las muchas figuras que contribuyeron a la configuración de la Europa moderna, Condorcet concede especial protagonismo a las tres mencionadas. Ellas han contribuido poderosamente al advenimiento de la Europa de las Luces. Como figuras mediadoras entre el declinante siglo XVII y el surgimiento de la Ilustración destaca Condorcet a Collins y a Bolingbroke por lo que se refiere a Inglaterra y a Bayle y a Fontenelle por lo concerniente a Francia, figuras éstas que desempeñaron un papel relevante en el advenimiento de la Europa ilustrada. Bayle lo desempeña fundamentalmente a través de su *Diccionario histórico y crítico*, leído y consultado a lo largo de Europa, y Fontenelle a su vez como secretario de la Academia de Ciencias, la más prestigiosa de Europa, plataforma privilegiada por tanto para estar en contacto con la república del saber, a nivel europeo.

Condorcet afirma desde un principio el carácter primordialmente europeo de la Ilustración: “En Europa se formó muy pronto una clase de hombres menos ocupados en descubrir o profundizar en la verdad que en propagarla”¹⁵. Una estrategia que había resultado muy eficaz para que se formara en Europa aquella república inmensa a que se refería Voltaire. Una república a la que Condorcet está orgulloso de poder contemplar, afirmándose cada vez más. La imprenta se revela como aliada eficaz en el advenimiento de la Europa ilustrada, al permitir a la verdad “una circulación rápida que nada puede detener”, según escribe confiadamente en el *Eloge* de Michel de l’Hopital de 1777¹⁶.

Precisamente en este *Eloge* aparece una precisa descripción de la situación de la Europa ilustrada que, a pesar de su extensión, parece oportuno reproducir: "ahora que la voz de la razón se ha hecho oír desde los hielos de San Petersburgo hasta los mares de Filadelfia, y desde los peñascos de Noruega hasta las llanuras de la Bética, y que por doquier dormitaba después de tantos siglos; ahora que los hombres ilustrados de todas las naciones se intercambian sus luces, tienen las mismas ideas, hablan el mismo lenguaje, están animados por los mismos intereses, esta fuerza lenta de la verdad, a menudo demasiado débil, pero siempre actuante, se impondrá a la larga sobre los obstáculos con que tropieza"¹⁷.

A pesar de los obstáculos e inercias que subsisten por doquier, Condorcet puede constatar, a la altura de 1777, el nuevo espectáculo que ofrece una Europa cada vez más impregnada de los ideales ilustrados, espectáculo que sin duda reflejaba a sus ojos la emergencia de una nueva "catolicidad". La lejana Rusia tampoco había podido sustraerse al influjo de las nuevas ideas¹⁸. Es más, el nuevo movimiento de ideas ha atravesado el Atlántico y vemos que ya comienzan a aparecer las referencias a América.

Por muy insuficiente que sea todavía la difusión de las Luces en este proyecto de una Europa racional, por minoritaria que siga siendo el público ilustrado, Condorcet considera con evidente satisfacción que la Europa ilustrada supone un hito desconocido en "cualquier otro siglo". En una ocasión solemne como cuando pronuncia el Discurso de recepción en la Academia francesa (1782) no puede menos de enfatizar dicha situación: "Veis cómo de un extremo a otro de Europa, los hombres ilustrados aúnan todos sus esfuerzos en pro del bien de la humanidad, y dirigen hacia este objetivo todas sus fuerzas con coraje y una convergencia desconocidos en cualquier otro siglo"¹⁹.

Condorcet ocupa un puesto destacado en este intento de configurar una nueva Europa mediante la difusión y elaboración de los principios ilustrados. Desarrolla su actividad en París, la plataforma más cualificada de la Europa ilustrada, punto de referencia ineludible de la *intelligentsia* ilustrada²⁰. Los Salones parisienses servían de marco eficaz para el encuentro de sabios y políticos de toda Europa, donde se recibía cumplida información de las distintas naciones de Europa, y a la vez se trasmitía eficazmente el pensamiento francés. También en este punto Condorcet se va a mostrar digno prolongador de la primera gran fase de la Ilustración.

El Salón que preside su esposa Sofía se va a convertir asimismo en lugar de encuentro de los filósofos y los sabios de la Europa ilustrada, una plataforma fecunda para la discusión y el debate²¹.

Cabría afirmar sintéticamente con K. M. Baker que Condorcet se nos presenta en la segunda mitad del siglo como el principal heredero de los filósofos ilustrados, como miembro distinguido de la Academia francesa, como la encarnación de la pretensión del movimiento ilustrado de conformar y dirigir la opinión pública. De una forma especial habría que destacar su condición de miembro prominente de la Academia de Ciencias de la que era Secretario perpetuo. De esta forma no sólo cabría considerarle como el principal portavoz de la ciencia institucionalizada en Francia sino incluso en Europa, encarnando modélicamente “la convergencia de los valores y los intereses de la ciencia y los del Estado reformador”²².

En realidad, así como el pensamiento francés se sitúa en la vanguardia de la Europa ilustrada, también la Academia de Ciencias francesa ocupa un lugar destacado en cuanto la institución científica más prestigiosa del Continente, ofreciendo una especie de modelo de academia científica que va a conocer muchas imitaciones a través de Europa. Por tanto, desde esta perspectiva, Condorcet se encontraba en una situación propicia para entrar en una relación fecunda con el resto de Europa. Con razón puede señalar Ch. Coutel que Condorcet es un sabio que está en relación con Europa entera²³. De esta forma, la ciencia organizada a través de Europa, en cuyo marco desempeña un importante papel Condorcet, viene a constituir una parte especialmente cualificada de aquella “república universal de las ciencias” de que habla el autor en su escrito *Informe sobre la instrucción pública*, al abordar el problema de la libertad de enseñanza: “Por otra parte, hay una última autoridad a la cual en todo lo que pertenece a la ciencia nada puede resistir: ésta es la opinión general de los hombres ilustrados de Europa”²⁴. Existe algo así como una autoridad colegial europea, como vanguardia de la Ilustración, ante cuya autoridad se habrán de dilucidar los debates intelectuales.

Condorcet aspiraba así a la constitución de una sociedad abierta y racional, que se elevara por encima de las barreras nacionales. Pero Condorcet no es un aséptico cultivador de la ciencia y de la filosofía. Sin duda la república de las ciencias es un timbre de gloria para la Europa ilustrada, una referencia ineludible de la nueva época histórica. Pero es preciso no encerrarse en la torre de marfil del saber científico y filosófico. Sobre todo por influjo de Turgot, Condorcet toma una conciencia más clara de la necesidad de ocuparse del bien común, no sólo de la República de los sabios sino también de la Ciudad, de la modernización y racionalización de la vida política²⁵. Condorcet abrigaba la ilusión de que los parámetros que regían el funcionamiento de la encumbrada República de las ciencias pudieran ser tomados como punto de referencia a la hora de una reformulación de las líneas directrices en el gobierno de la Ciudad.

En efecto, la finalidad última del cultivo de la ciencia ha de ser contribuir a la emancipación de la humanidad, ayudando a racionalizar las estructuras sociopolíticas, formulando y poniendo de manifiesto el horizonte de los derechos humanos. De ahí que el científico y el filósofo Condorcet dedique asimismo una atención preferencial al problema político.

En este sentido va a poder afirmar a la altura de 1790: "Desde hace aproximadamente treinta años, raro ha sido el día que he pasado sin reflexionar acerca de las ciencias políticas"²⁶. Por supuesto a partir del estallido de la Revolución dicha reflexión se va a volver mucho más absorbente.

La Europa con que sueña Condorcet tiene que ver con la Ciencia y la Filosofía pero también con la Política. Precisamente la minoría ilustrada ha de tener como misión orientar y representar a la masa del pueblo, que todavía no lo está suficientemente, para que sea posible alcanzar decisiones "conforme a la verdad", la política de la razón y de la verdad que constituyó el ideal de Condorcet. Así se expresa en un texto de 1785, que cabe considerar representativo de su visión del problema: "De este modo, suponiendo que en una sociedad exista un gran número de hombres ilustrados y sin prejuicios, y suponiendo que el derecho del gran número que no posee suficientes luces, se limite a escoger a aquellos que considera más instruidos y más sabios, y en los cuales por consiguiente los ciudadanos delegan el derecho de pronunciarse sobre los objetos acerca de los que ellos mismos no estarían en condiciones de decidir, se puede llegar a una seguridad suficiente de alcanzar decisiones conforme a la verdad y a la razón"²⁷.

El proyecto político de la Europa ilustrada exige a los ojos de Condorcet esta mediación entre la minoría ilustrada y una mayoría todavía carente de luces suficientes. La Política subordinada a la Razón. Como buen ilustrado, Condorcet comparte el intelectualismo moral y político de raíces socrático - platónicas, de forma que una inevitable ambivalencia afecta al proyecto político condorcetiano relativo a una Europa ilustrada.

En todo caso quedaba claro el compromiso de Condorcet con la voluntad de articular racionalmente la Ciudad, de defender decididamente la observación de los derechos humanos, de luchar contra las distintas formas de discriminación reinantes en la sociedad de su tiempo: de las mujeres, los protestantes, los judíos, los negros..., adoptando a menudo una actitud de vanguardia respecto a los criterios de la época. Sin duda Condorcet enarbolaba en todo ello la bandera de una Europa más justa y tolerante. En algo de esto debía pensar el Presidente de la asamblea electoral de París al ser elegido Condorcet diputado de la Asamblea legislativa no duda en calificarle como el

primer “magistrado de la razón” en Europa. Se trata de un elogio que no parece exagerado, pues como el principal heredero de la primera gran generación del pensamiento ilustrado, Condorcet parecía reflejar mejor que nadie los ideales de una nueva Europa. Sin duda cabe advertir en el discurso condorcetiano espejismos y simplificaciones, tributo en buena medida de los límites del horizonte ilustrado, pero tal circunstancia no invalida sin más la grandeza y la nobleza de los planteamientos de Condorcet.

Tensiones y conflictos de la Europa ilustrada

Aun cuando la visión de Condorcet acerca de la emergencia de la Europa moderna, que culmina en la Europa ilustrada, constituya una especie de canto a los progresos de la emancipación del espíritu, dicho proceso no se le antoja al pensador ilustrado un camino fácil. La Europa moderna tuvo que afianzarse desde el principio en pugna con dificultades de todo tipo, comenzando por las de orden político y religioso. A la altura de la Ilustración los ideales de la Europa moderna se han consolidado considerablemente, el movimiento ilustrado va ganando posiciones y sus principios son compartidos por un número creciente de personas.

No obstante, la tensión no disminuye sino más bien al contrario. La filosofía de la Ilustración se vuelve militante en su lucha con el mundo que rodea al Antiguo Régimen. La pretensión de encontrar la figura del rey filósofo se revela más bien ilusoria y la apuesta por la implantación paulatina de los nuevos ideales ilustrados, a pesar de sus logros, tropieza con más dificultades de las previstas y deja paso al estallido revolucionario que conmociona a toda Europa.

Parece oportuno detenerse un momento en el caso paradigmático de Francia para que resulte más visible el conflicto existente entre la vanguardia del pensamiento ilustrado y las inercias y resistencias presentadas por el Antiguo Régimen, la fallida pretensión de entablar un verdadero diálogo entre la Filosofía y el Poder, y con ello la posibilidad de ofrecer un verdadero soporte empírico al ideal de una Europa racional.

Todos los grandes representantes del pensamiento ilustrado, a pesar de su convencimiento de que la posteridad no tardaría en darles razón, viven con pesadumbre esta tensión. También la va a vivir Condorcet, aunque en algún momento llegó a acariciar la ilusión de que las cosas iban por fin cambiar. De esta forma, se producía una ambivalencia innegable, una descompensación en el horizonte que presentaba la Europa de la Ilustración, y que en el caso de Francia va a resultar más visible y más profunda.

Condorcet estaba convencido del puesto que ocupaba Francia en el movimiento ilustrado y de que la nueva Europa podía ser considerada en buena medida como una Europa francesa. También en este punto Condorcet venía a culminar un largo proceso que habían configurado sus ilustres predecesores. Ya su maestro Voltaire se había referido en su obra *El siglo de Luis XIV* a que los franceses del siglo XVII, aunque no podían competir con Inglaterra en lo que a desarrollo científico y filosófico se refería, se habían convertido, no obstante, en los “legisladores de Europa” en una serie de aspectos como eran “la elocuencia, la poesía, la literatura, los libros de moral y entretenimiento”²⁸. A ello había que añadir la conversión paulatina del francés en el idioma de la cultura y de la diplomacia a lo largo del Continente.

Poco a poco, no obstante, Francia se iba a convertir en la “legisladora” de Europa en aquellos ámbitos excluidos por Voltaire al referirse a la situación del siglo XVII. Con la publicación de *El espíritu de las leyes* de Montesquieu Francia marca la pauta del pensamiento político en toda Europa. Por otra parte ya hicimos alusión a la proyección europea de manifestaciones de la cultura francesa como el pensamiento de Voltaire o bien la publicación de la *Enciclopedia* como monumento singular a la cultura moderna, que va a ser leído y consultado en toda Europa.

En realidad toda una pléyade de pensadores franceses irradiaba su influjo por Europa, entre ellos los principales maestros de Condorcet: D’Alembert y Turgot, aparte de Voltaire. También en el ámbito científico y matemático Francia va a detentar ahora un protagonismo especial. Aparte del propio D’Alembert cabría recordar nombres como Lavoisier, Buffon, Monge y Laplace, y en líneas generales el valor referencial para toda Europa de una institución como la Academia de Ciencias, tal como queda ya apuntado.

Condorcet es heredero de esta situación y a la vez protagonista cualificado de la misma en las últimas décadas del siglo. Su obra está llena de referencias a la situación privilegiada de la cultura francesa en la Europa ilustrada y a la condición del francés como idioma culto del Continente²⁹. Reconoce que Inglaterra ha desempeñado un importante papel precursor en el advenimiento de las nuevas ideas pero confiesa que no ha sabido mantenerse a la altura de los ideales ilustrados, sobre todo en el plano político³⁰.

Tampoco el desarrollo político, social y educativo de Francia estaba a la altura de los principios ilustrados, antes del estallido revolucionario pero Condorcet no duda en considerar a Francia como el país “más ilustrado de Europa”. A través de la acción convergente de los maestros ilustrados, y de una forma especial de Voltaire, se fue

formando una opinión pública crítica que Condorcet no duda en situar en la vanguardia de Europa, de forma que cabría decir que “por primera vez una nación había aprendido a pensar”³¹. Pero este aprendizaje se realizaba en una confrontación constante con el universo del Antiguo Régimen, produciéndose así una considerable tensión ideológica.

Condorcet, siguiendo a sus predecesores, va a hacer alusión reiteradas veces a esta situación. Nos hemos referido a la alta valoración que le merece la *Enciclopedia* como el “más bello documento” que haya concebido el espíritu humano. Condorcet no duda en concebirla como un gran timbre de honor para Francia que hizo con ella un gran servicio a la cultura europea. Y sin embargo la publicación del gran Diccionario tropezó con multitud de dificultades por parte de las autoridades francesas.

De ahí la valoración de Condorcet:”Afortunadamente el honor de haber dado la *Enciclopedia* a Europa compensó a Francia de la vergüenza de haberla perseguido”³². He aquí por tanto un caso paradigmático de la ambivalencia de Francia en el horizonte de la Europa ilustrada, en una mezcla de vergüenza y orgullo.

En otro pasaje expresa la pesadilla que supone contemplar el contraste que ofrece un país que por un lado puede vanagloriarse de poder ofrecer una serie de primeras figuras del pensamiento ilustrado pero por otro se ve precisado a solicitar los derechos más fundamentales de la humanidad:”se ha suspirado al ver en un pueblo en el que han vivido los Montesquieu, los Voltaire, los Turgot, los Malesherbes, los D’Alembert cómo la nación se veía obligada a solicitar no ya una legislación digna de un pueblo ilustrado sino el disfrute de los primeros derechos de la humanidad”³³. El contraste no podía ser más llamativo y Condorcet no duda en enfatizarlo³⁴.

La conciencia de esta dolorosa dicotomía vuelve a aparecer en el balance final que nos ofrece el *Bosquejo*. Se pregunta allí Condorcet por los motivos por los que fue Francia el país europeo en el que iba a producirse el estallido revolucionario, conmocionando después al resto de Europa. Condorcet no duda que la razón última consistió precisamente en ese conflicto no resuelto. Cuando estalla la Revolución, el pueblo francés era a la vez “el más ilustrado y uno de los menos libres, aquél en que los filósofos tenían el máximo de luces verdaderas, y el gobierno la ignorancia más insolente y más profunda”³⁵. Esa profunda dicotomía no resuelta explica el estallido revolucionario, al no saber el Antiguo Régimen llevar a cabo aquellas reformas que le hubieran permitido adaptarse a los nuevos tiempos. Hubo un momento, no obstante, en que pareció que las cosas iban a discurrir de otra manera. Se trata de la experiencia ministerial de

Turgot. Parecía como si Francia, vanguardia de la Ilustración europea, estuviera en trance de encontrar la forma de reconciliar su teoría y su praxis, ofreciendo un referente más completo a Europa.

En efecto, el nombramiento de Turgot en 1774 como ministro de Luis XVI suscita el entusiasmo generalizado del movimiento ilustrado que no puede disimular su satisfacción y sus esperanzas. La correspondencia entre los ilustrados no deja lugar a dudas. Especialmente expresivo es Condorcet que le escribe a Voltaire que nada más feliz le podía ocurrir a Francia, ni tampoco a la “razón humana”, que el nombramiento de Turgot como ministro. Su virtud, su valor, su desinterés, su amor al bien público, su mente ilustrada así lo justificarían³⁶. En términos parecidos se pronuncian autores como Voltaire y D’Alembert.

Condorcet va a ser uno de los colaboradores y asesores del ministro ilustrado en su intento de racionalizar y modernizar la anquilosada monarquía francesa. Tal como escribe en su apasionada *Vida de Turgot*, el modo de proceder de éste habría sido uno de los más certeros para hacer surgir en el seno de una monarquía “este espíritu público, este gusto de ocuparse de los asuntos nacionales; una cualidad que se creía reservada exclusivamente a las constituciones republicanas”³⁷.

En efecto, la *Memoria sobre las municipalidades* de Turgot, que constituye una especie de memorándum para Luis XVI, aborda con gran lucidez los males que aquejaban al Antiguo Régimen, a la vez que sugería la vía para su regeneración. Tanto un nuevo proyecto educativo como de reforma administrativa apuntaban en la dirección señalada por Condorcet respecto a la reforma de la monarquía.

Las expectativas eran muchas, pero la experiencia de Turgot estaba condenada al fracaso debido al cúmulo de dificultades con que iba a tropezar en todo el entramado de inercias e intereses que articulaban el universo del Antiguo Régimen. A consecuencia de ello Turgot es cesado en su cargo, produciendo una amarga decepción en Condorcet y sus correligionarios ilustrados.

Para Condorcet venía a constituir una “pérdida irreparable”, como un despertar de un bello sueño que había durado demasiado poco. Se había malogrado la posibilidad de regenerar el sistema político francés y de ofrecer a la vez un referente empírico a la Europa ilustrada. Sin embargo, la experiencia no fue en balde para Condorcet pues se ha reafirmado en su idea de poner el saber al servicio de la sociedad, del bien público.

Ha llegado el momento en el que la opinión pública europea va a volver su mirada hacia los acontecimientos que tenían lugar al otro lado del Atlántico, en las colonias británicas de América del Norte. Fue en Francia donde este tema va a suscitar un mayor apasionamiento en el movimiento ilustrado. Condorcet va a detentar un protagonismo especial en esta consideración.

Cabría, no obstante, detenerse todavía un momento en la consideración general que se hace Condorcet al abordar el problema de la relación de Europa con el colonialismo. Se trataba entonces de un debate que estaba en el centro de atención, como muestra de una forma destacada una obra como la del abate Raynal *Historia de las dos Indias*.

Es aquel fenómeno que Diderot va a considerar como el despotismo hacia fuera por parte de las potencias europeas. Condorcet tan sensible respecto a todas las formas de discriminación se pronuncia claramente contra la explotación colonial, y más específicamente contra la esclavitud de los negros. Es significativo que cuando Turgot es nombrado ministro, Condorcet le escribe diciéndole que necesita buscar consuelo respecto al hecho de la separación. Es un consuelo que trata de encontrar en la reflexión, y en este sentido aparece el tema del colonialismo: "Es preciso que piense en nuestras colonias, en sus desdichados habitantes, oprimidos por gentes desprestigiadas en Europa, y a quienes se envía a buscar fortuna en las Indias"³⁸.

Es un tema recurrente del pensamiento condorcetiano, un tema al que le conduce abiertamente su vocación profundamente humanista, de carácter cosmopolita. Un talante humanista que pretende mostrar a los países sometidos a las potencias europeas que otra relación con ellos era posible. Así ocurriría, por ejemplo, con la comisión científica enviada al Perú, un hecho que se encuentra en conexión con los ideales europeístas de Condorcet.

Los habitantes de aquella parte de América no habrían conocido hasta entonces, como emisarios de Europa, sino a "conquistadores feroces" o bien a traficantes sin escrúpulos. Ahora, por el contrario, tendrían la oportunidad de conocer otro rostro de Europa, a través de sus científicos, como hombres para quienes "la verdad era preferible al oro; y que considerando al género humano como una sola familia, sólo buscaban en cada clima lo que podía ser útil para todos los hombres"³⁹. Sin abandonar Europa, tal va a ser el ideal humanista y cosmopolita por el que Condorcet va a militar a lo largo de su vida. Idear una nueva Europa en sus relaciones con los demás pueblos. Ante todo habría que destacar su sostenido combate contra la esclavitud de los negros. No en vano fue uno de los animadores de la *Sociedad de los amigos de los Negros*, a pesar de los ataques de que era objeto pues ponía en

entredicho muchos intereses creados. Con razón se ha podido decir que de todas las injusticias y de todas las crueldades del pasado la más odiosa a los ojos de Condorcet era la trata y la esclavitud de los negros⁴⁰. Durante la última etapa de su vida, a saber, a partir de 1774, en que aborda el problema de la esclavitud en sus *Observaciones sobre los Pensamientos de Pascal*, hasta el final Condorcet se va a pronunciar abierta y reiteradamente contra el drama de la esclavitud de los negros.

El idealismo y la nobleza que caracterizan a la concepción política de Condorcet brillan aquí en toda su altura. También aquí la política de Condorcet quiere ser una política de la justicia y de la verdad. Así se puede percibir particularmente en el ensayo de 1781 *Reflexiones sobre la esclavitud de los negros* donde el problema planteado es abordado a fondo. El ensayo va precedido de una *Carta dedicatoria a los negros esclavos* en la que Condorcet deja entrever su compromiso con el tema: "Amigos, aunque yo no sea del mismo color que vosotros, siempre os he considerado como mis hermanos. La naturaleza os ha formado para tener el mismo espíritu, la misma razón, las mismas virtudes que los blancos"⁴¹. Es más, si se buscara en las islas de América a un verdadero representante del ideal de la humanidad, habría que buscarlo entre los negros y no entre los blancos explotadores.

En perfecta sintonía con todo ello Condorcet no va a abordar el problema de la esclavitud desde el horizonte de los "intereses del comercio" sino más bien desde el de las "leyes de la justicia". No le importa pasar por iluso a los ojos de quienes viven de la explotación. Sería una "quimera" luchar por los principios de la moral, el derecho y la justicia, pero es una quimera que merecería la pena, pues lo que está en juego es nada menos que la dignidad humana. En este sentido la prosperidad económica no puede ser puesta en la misma balanza que la justicia. Por ello Condorcet no sólo rechaza los argumentos de quienes justifican la esclavitud sino que también va más allá de aquellos como Voltaire que condenaban en principio la esclavitud pero la consideraban un mal necesario. Condorcet considera ineludible dar un paso más hacia adelante: "Se sigue de nuestros principios que esta justicia inflexible a la que los reyes y las naciones están sometidos lo mismo que los ciudadanos, exige la supresión de la esclavitud"⁴².

No cabría argüir por tanto que la causa de los negros nos es extraña. Para el universalismo humanista de Condorcet nada que reclame la humanidad y la justicia puede dejar indiferente nuestro espíritu. Tal es el talante del pensamiento no sólo condorcetiano sino de lo que Condorcet estima que ha de ser la Ilustración, en una apertura a la dimensión cosmopolita de la defensa de la razón y de la justicia. Se trata de un enfoque que el autor reitera solemnemente en su testamento filosófico, el *Bosquejo*. Los filósofos ilustrados han de tomar como

causa la defensa de los “intereses de toda la humanidad”. Estamos ante una filosofía comprometida que ha de estar movida por una especie de “filantropía universal” dispuesta a combatir la injusticia fuera de su país pero también cuando el propio país cometa injusticias con otros pueblos. De ahí una innegable ambivalencia respecto a la presencia europea en el mundo. Por una parte es responsable de la explotación colonial de otros pueblos, y de una forma más cruel de la esclavitud de los negros, y por otra su pensamiento crítico se hace portavoz y defensor de los que sufren la injusticia y el atropello de los más fuertes, pertenezcan al país que fuere.

El triunfo de la Ilustración en Europa tendría también repercusiones hacia el exterior, en la relación de los países europeos con otros pueblos. La Revolución francesa va a constituir sin duda para Condorcet un singular triunfo pero varios años antes se había producido en América del Norte una conmoción política que se presentaba como la primera gran realización de los principios ilustrados, como la emancipación del sometimiento colonial, y donde también el problema de la esclavitud de los negros iba a situarse en el centro de atención⁴³.

Es preciso por tanto dar paso a la reflexión de Condorcet, y con ella a la de la opinión ilustrada francesa sobre los acontecimientos que se producían en América y a su sentido para Europa, y en definitiva para la humanidad entera. Vamos a intentar aproximarnos al tema por partes. En primer lugar nos fijaremos en el impacto general que la Revolución americana produce en Francia. Después nos referiremos a los planteamientos de tres exponentes cualificados de esa Revolución, a saber, B. Franklin, Th. Jefferson y Th. Paine, y a su incidencia relevante en la situación de Francia. Una vez llegados a este punto nos vamos a detener un poco en la consideración de algunos “americanistas” franceses que hayan desempeñado un papel relevante en la temática que aquí estamos analizando. Por último, sobre este marco general, intentaremos aproximarnos de una forma más explícita a la concepción de Condorcet.

La Revolución americana y los americanistas franceses

En Europa se había ido configurando un poderoso movimiento ilustrado que se había iniciado en Inglaterra pero que había alcanzado su apogeo en el ámbito francés, y a partir de aquí había irradiado su influjo al resto del Continente, desde San Petersburgo a Lisboa, desde Estocolmo hasta Nápoles. Sin duda también a nivel fáctico se había dejado sentir la acción transformadora del nuevo movimiento intelectual. Había, no obstante, un desfase bien perceptible entre las concepciones de la minoría ilustrada y las transformaciones llevadas a cabo a nivel fáctico en las estructuras sociales, políticas y educativas.

Según hemos visto a través del testimonio de Condorcet era en Francia donde dicho desajuste se había vuelto más radical y conflictivo. Las expectativas creadas en torno a las posibilidades de cambio lideradas por la acción ministerial de Turgot terminaron en una dolorosa decepción. Afortunadamente en ese momento crítico en que la realización de los principios de la Ilustración en Europa se aplazaba penosamente se producía en las colonias británicas de América del Norte una conmoción política que significaba un punto de inflexión histórico, con la proclamación de la Independencia y el desencadenamiento de la llamada Revolución americana. Tal como escribe Peter Gay, muchos intelectuales europeos vuelven entonces su mirada a la joven república americana considerando que en ella el programa de los filósofos había sido llevado “a la práctica”, y que este glorioso acontecimiento mostraba finalmente que los principios de la Ilustración no habían de ser considerados como una mera quimera sino que podían ser implantados exitosamente en la realidad⁴⁴.

En realidad el periodo que media entre la Revolución americana y la Revolución francesa constituye un momento particularmente fecundo en las relaciones entre América y Europa, más exactamente entre la joven república americana y Francia. Desde un principio estuvo claro tanto para los protagonistas de la Revolución americana como para sus admiradores franceses que el acontecimiento que se acababa de producir en esas excolonias británicas tenía un alcance que iba más allá de sus fronteras y de su relación con la antigua metrópoli y se convertía en un referente para Europa, y en definitiva para la humanidad.

Un personaje tan señalado como G. Washington no puede ocultar su satisfacción a este respecto: “la Revolución americana... parece haber abierto los ojos de casi todas las naciones europeas y un espíritu de libertad en la igualdad está ganando rápidamente terreno por doquier”⁴⁵. Veremos más adelante otros testimonios de los protagonistas de la Revolución americana que apuntan asimismo en esta misma dirección.

Las relaciones de la nueva república con Europa no dejan de ser complejas. Por una parte se declara el final de la dominación colonial, por lo que a las colonias británicas de América del Norte se refiere, de una potencia europea de la importancia de Inglaterra, anticipando así un nuevo periodo de la historia de la libertad, que pronto va a afectar a todo el Continente americano.

Pero por otra parte la lucha de la joven república contra la potencia colonial contó asimismo con el apoyo de otro gran país europeo, Francia, cuya ayuda fue tan relevante en el nacimiento de Estados Unidos. Aquí nos interesan ante todo las relaciones de carácter

ideológico, pero se ha de tener presente que tampoco la intervención militar estuvo desprovista de implicaciones ideológicas.

Desde este punto de vista ideológico América era profundamente deudora de las distintas manifestaciones del pensamiento crítico europeo, el inglés y el francés especialmente⁴⁶. No cabe duda de que en el campo del pensamiento filosófico y político, y también en el ámbito científico, América no podía ofrecer una nómina de autores destacados como la que ofrecía Francia, cuya autoridad no sólo se proyectaba por toda Europa sino que eran leídos atentamente al otro lado del Atlántico. Sobre todo a partir de la participación de Francia en la guerra aumenta considerablemente el interés por el idioma francés y por la cultura francesa en general.

América si bien no podía competir con Francia en la serie de grandes figuras del pensamiento y de la ciencia, en la producción de todo un conjunto de grandes textos, superaba, no obstante, a Francia, y al resto de Europa, a la hora de haber difundido en la sociedad los nuevos valores, de haber llevado a la práctica los principios que animaban a la Ilustración⁴⁷. Desde esta perspectiva, América va a estar inmediatamente en condiciones de devolver “con intereses” la deuda contraída con los europeos, tal como señala gráficamente Peter Gay⁴⁸.

Comienza así un periodo fluido y fecundo en las relaciones entre la joven república americana y Francia. Francia no es desde luego el único país europeo en el que es estudiado y analizado el influjo de la Revolución americana pero sí es aquél en el que es estudiado más a fondo⁴⁹. El alto predicamento del pensamiento ilustrado francés, la participación militar de Francia al lado de Estados Unidos, la incidencia estimulante del modelo americano en la Francia prerrevolucionaria explicarían que ello haya sido así. Por otra parte se ha podido afirmar con razón que el “discurso americano” que se estila en la Francia prerrevolucionaria es en última instancia un discurso sobre la realidad francesa, sobre sus conflictos y expectativas⁵⁰, que a través de un rodeo trata de comprenderse mejor a sí misma.

La participación francesa en la guerra al lado de Estados Unidos va a fomentar tanto el interés de la joven república por todo lo referente a Francia como la curiosidad de los franceses por Estados Unidos. Por lo que se refiere a Francia el desenlace victorioso de la guerra fue gratificante no sólo para el gobierno, en su pugna con Inglaterra, sino para los políticos liberales y en general para los representantes de la Ilustración. El retorno a Francia de los soldados que participaron en la guerra constituyó un cauce importante para la difusión de las nuevas ideas emancipadoras que habían observado al otro lado del Atlántico. Especial relevancia compete en este sentido a un personaje como La Fayette, que desempeña eficazmente el papel

mediador entre América y Europa, en realidad como “héroe de los dos mundos”, tal como va a ser considerado durante un tiempo⁵¹.

No obstante, los cauces a través de los que penetra el mensaje de la Revolución americana son múltiples. Aparte del mencionado anteriormente cabría destacar todo un conjunto de publicaciones propiciado por las especiales relaciones existentes en este momento entre los gobiernos de Francia y Estados Unidos. Debido a este hecho la censura tuvo que mostrarse más permisiva de lo que era habitual autorizando la publicación de una serie de escritos que en otro caso no toleraría⁵². Se tradujeron así al francés múltiples textos de la literatura política americana. Entre ellos escritos de Dickinson, Franklin, Paine y Jefferson. También muchas resoluciones y decretos del Congreso, si bien el lugar más destacado le compete a las Constituciones americanas⁵³.

El duque de La Rochefoucauld, un significado americanista, oficia como secretario de Franklin durante su estancia en París como representante de los Estados Unidos. En su condición de tal recibe el encargo de traducir al francés las Constituciones de los Estados americanos, datando la primera edición de 1778. De este modo pudo influir profundamente en el periodo prerrevolucionario francés. De hecho durante este periodo se van a reeditar varias veces. De especial predicamento gozó la Constitución de Pennsylvania a la hora de abordar el problema del debate constitucional en Francia⁵⁴.

Durand Echeverría ha sabido sintetizar bien el sentido básico que la Revolución americana revestía para los pensadores y políticos reformistas de la Francia prerrevolucionaria: “América constituía una demostración práctica de la democracia, de las garantías de la persona y de la propiedad, del gobierno representativo, de la separación de poderes, de la soberanía popular, de la igualdad legal y política, de libertad religiosa, de libertad de palabra y de prensa, en pocas palabras, de los derechos del hombre”⁵⁵. Todo un programa de modernidad que el “partido americanista” francés no podía menos de tomar como referente, como revulsivo de la situación imperante en su país.

No obstante, una aproximación a la proyección de la Revolución americana, por somera que sea, tiene que hacer referencia al menos a tres ilustres representantes de la causa americana en Francia: B. Franklin, Th. Jefferson y Th. Paine. Ha sido sin duda un acierto de las autoridades americanas haber elegido a unos representantes tan cualificados como Franklin y Jefferson en aquel país que estaba desempeñando un papel tan relevante en su naciente historia. Sobre todo Franklin desempeñó a la perfección su delicada misión en aquel periodo tan trascendente. Nos vamos a detener por ello un instante en la exposición de la actuación de estos personajes en Francia. Se trata

por otra parte de tres personalidades con las que Condorcet estuvo en una estrecha relación, y con las cuales abordó el problema de la relación entre Francia y Estados Unidos, y de una forma más general entre América y Europa.

Franklin, Jefferson, Paine y la causa americana en Francia

Se trata de tres representantes ilustres de la causa americana en aquel periodo excepcional de las relaciones entre Estados Unidos y Francia. Los dos primeros estaban investidos de una misión oficial como representantes de su país, y Paine lo hacía a título personal, pero no por ello de forma irrelevante. Aunque de talante dispar, los tres estaban convencidos de que la Revolución americana tenía un significado que remitía más allá de sus fronteras y se convertía en referente para Europa, especialmente para Francia, y en definitiva para toda la humanidad.

Franklin fue sin duda la figura más exitosa a la hora de ganar el apoyo oficial, y también el de la opinión pública francesa, para la causa americana. Dicha circunstancia fue posible tanto debido a la época tan relevante en que transcurrió su estancia en Francia (1776/1785) como debido a sus excepcionales dotes como diplomático y propagandista de la causa americana. Su propio sucesor Th. Jefferson no podía menos de rendirle homenaje a este respecto: "Cuando el Dr. Franklin fue a Francia en misión revolucionaria, su eminencia como filósofo, su venerable aspecto y la causa por la que había sido enviado le hicieron extremadamente popular. Hombres de todo rango y condición abrazaron cálidamente el interés americano"⁵⁶. Incluso la minoría crítica que estimaba que el clima de América era desfavorable para la evolución de la especie, cambió de opinión ante la presencia de Franklin.

Franklin llega a Francia como un personaje admirado por sus descubrimientos científicos. De hecho había sido uno de los raros extranjeros que había sido admitido como miembro de la Academia de Ciencias francesa. Sus obras habían sido traducidas al francés y especialmente el descubrimiento del pararrayos suscitaba la admiración general. Lo mismo que Condorcet va a destacar conjuntamente en el ámbito científico y en el político y moral. De ahí el verso que le va a dedicar Turgot, uno de sus grandes admiradores: *Eripuit coelo fulmen, mox scepra tyrannis*⁵⁷.

Como valedor de la causa americana, Franklin aprovecha todos los medios a su alcance. Aparte de su actividad diplomática propiamente dicha, Franklin se hace presente en la Academia de Ciencias, como miembro reconocido y admirado, donde se encuentra, entre otros, con Condorcet. También frecuenta círculos tan relevantes para el siglo

XVIII francés como son los Salones. En su caso se trataría especialmente del Salón de Madame Helvetius, donde también va a coincidir con Condorcet. Frecuenta también la logia de las Nueve Hermanas que desempeña un papel importante en aquel momento. Uno de los aspectos de la figura de Franklin que resultaba más fascinante para el público cultivado francés consistía en que parecía ofrecer una síntesis de aquellos dos personajes en torno a los que giraba el pensamiento de las Luces: Voltaire y Rousseau. Por un lado encarnaba modélicamente la pasión moderna por el conocimiento y por sus implicaciones prácticas y por otro exhibía un naturalismo que evocaba a Rousseau.

Todo ello añadido a la circunstancia de que en contraste con lo que ocurría en Francia aparecía como un pensador que había sabido protagonizar con éxito el paso de la teoría a la práctica⁵⁸.

Condorcet pertenecía al círculo de amigos de Franklin. Tempranamente apoyó el ingreso de éste en la Academia de Ciencias. Franklin a su vez apoyará el ingreso de Condorcet en la Sociedad Americana de Filosofía, de la que el sabio americano va a ser presidente desde 1769 hasta 1790. Otros ilustres franceses como Buffon, Raynal y Lavoisier van a acompañar a Condorcet en la prestigiosa academia americana, circunstancia que confirma de nuevo la intensidad de las relaciones entre los dos países.

Cuando muere en 1790, Franklin es objeto de homenajes por parte de todos los sectores de la sociedad francesa, a pesar de que hacía ya varios años que había abandonado el país. También Condorcet, en su condición de secretario de la Academia de Ciencias, le dedica un apasionado *Eloge* en el que glosa la relevancia de su personalidad y de su pensamiento para el destino de dos mundos. Alaba la actitud de la Asamblea Nacional francesa por haber confesado “todo lo que debemos al ejemplo de América, todo lo que una nación puede deber al genio de un solo hombre”⁵⁹, y resalta la satisfacción de la Academia de Ciencias al ver a uno de sus miembros detentar la gloria de franquear dos mundos, de ilustrar América y de dar a Europa el ejemplo de la libertad”⁶⁰.

Th. Jefferson fue sin duda un digno sucesor de Franklin como representante de los Estados Unidos, que contribuyó a consolidar las fecundas relaciones entre ambos países. La figura de La Fayette le sirvió eficazmente para llevar a cabo esta tarea. He aquí un pasaje representativo de su *Autobiografía* en el que resalta no sólo los buenos oficios de La Fayette sino también la buena disposición del gobierno francés para con su país: “me ayudaron poderosamente todas las influencias y las energías del marqués de La Fayette, que demostró igual devoción por la amistad y bienestar de ambas naciones; y en

justicia debo decir también que hallé al gobierno completamente dispuesto a favorecernos en todas las ocasiones, y a concedernos cualquier petición no absolutamente lesiva para sus intereses”⁶¹.

En consonancia con ello el propio Jefferson nos ofrece un testimonio fehaciente de la bipolaridad privilegiada de aquel momento: Estados Unidos y Francia. Jefferson está orgulloso de la gesta que supuso la Revolución americana. No duda que se trata de un hito en la historia de la emancipación humana. En América surgió la primera asamblea legislativa que tuvo el coraje de manifestar que “puede confiarse a la razón del hombre la formación de sus propias opiniones”⁶². En sintonía con ello la Revolución americana viene a constituir para Jefferson la “demostración práctica” de que el hombre es capaz de “autogobierno”. Si la historia nos muestra otra cosa es debido a la “degradación moral” que experimenta la humanidad bajo el yugo de sus tiranos ⁶³.

Por ello Jefferson está convencido de que la Revolución americana tiene un alcance que desborda el ámbito de su país y de su posteridad. América se convierte ahora en un referente para los otros pueblos que buscan su emancipación. Tal como le escribe el 11.03.1790 a W. Hunter:”Ciertamente es estimulante pensar que, mientras garantizamos nuestros propios derechos y los de nuestra posteridad, señalamos el camino a naciones que luchan y desean, como nosotros, liberarse de sus tiranías”⁶⁴. Jefferson no duda que entre estas últimas Francia ocupa un lugar especial, tal como cabe apreciar en el hecho de que la declaración de los derechos del hombre llevada a cabo en Estados Unidos habría sido asumida por Francia antes que por cualquier otra nación europea.

Jefferson está convencido de que Francia, y también Inglaterra, había tenido una brillante tradición intelectual que llegó a idear buenos principios de gobierno pero a pesar de todo considera que fue la Revolución americana la que está en el origen de un cambio de rumbo en la opinión pública francesa:”parece haber sido la revolución americana lo que primero despertó de modo general a la parte pensante de la nación francesa del sueño despótico donde se hallaba sumida”⁶⁵. Parece que Jefferson, lo mismo que sus colegas americanos, tiende a sobredimensionar la proyección de la Revolución americana sobre Francia, pero acierta en todo caso a la hora de individualizar un problema fundamental. Por otro lado se ha de tener presente que Jefferson encarna lo mejor de la Revolución americana y se mostró sensible a la vez a la fascinación que ejercía la cultura francesa⁶⁶.

También en este caso Condorcet pertenece al estrecho círculo de los amigos del representante de Estados Unidos. Junto con La Fayette y el duque de la Rochefoucauld Condorcet tiene la oportunidad de

contrastar sus puntos de vista con los de Jefferson produciéndose así un enriquecimiento recíproco⁶⁷. El binomio América - Francia, y a través de ésta Europa, se encontraba en el centro de las inquietudes de ambos autores y las convergencias eran más numerosas que las discrepancias, si bien las posiciones de Condorcet suelen ser más radicales que las de Jefferson.

Por último cabría destacar a un tercer personaje que también desempeñó un papel relevante en la Revolución americana y que pasa después a Francia donde se convierte asimismo en amigo de Condorcet. Sin duda Paine, proveniente de una familia de cuáqueros ingleses, defiende posiciones más radicales que las de Franklin y Jefferson, pero seguramente también menos consistentes. En todo caso la colaboración con Condorcet durante la Revolución francesa va a ser intensa hasta que ambos personajes caigan en desgracia a causa del radicalismo revolucionario.

Aquí sólo nos interesa resaltar su visión de la Revolución americana desde una óptica universalista, con su clara proyección hacia Francia, pasando desde ahí hasta Europa en general. Y en definitiva hasta el resto de la humanidad, incluyendo al conjunto del Continente americano. Si tanto Franklin como Jefferson estaban convencidos del carácter referencial de la Revolución americana, Paine también se va a mostrar firme en este punto. La Revolución americana no iba a suponer para el autor sino el comienzo de la Era de las Revoluciones, en un momento verdaderamente epocal en el que por fin la humanidad habría de estar en condiciones de engendrar al hombre nuevo, de alumbrar al “Adán de un nuevo mundo”⁶⁸.

Ya en su especie de manifiesto *El sentido común*, que iba a hacer famoso a su autor a ambos lados del Atlántico, Paine afirmaba enfáticamente que la “causa de América es en buena medida la causa de toda la humanidad”⁶⁹. Se trata de una idea sobre la que Paine va a insistir reiteradamente a partir de ese momento, apuntando así en una dirección que hacía suya, con los matices que fuere, el “partido americanista” francés.

Con la perspectiva de los acontecimientos de que puede disponer a la altura de 1791/1792, cuando publica los *Derechos del hombre*, va a insistir una y otra vez sobre este punto. Para empezar no deja de ser significativo que un ensayo concebido para defender la Revolución francesa contra la obra de E. Burke *Reflexiones sobre la revolución francesa* aparece dedicado a dos prohombres de la Revolución americana, a saber, a G. Washington la primera parte, y a La Fayette la segunda. Especialmente significativa es la dedicatoria a Washington pues en ella Paine expresa la convicción de que los acontecimientos que tuvieron lugar en el Nuevo Mundo han de cambiar el rumbo del

Viejo. Dirigiéndose a Washington le expresa el deseo de que “los Derechos del Hombre lleguen a ser tan universales como pueda desear la Benevolencia de Ud., y que pueda Ud. gozar de la Felicidad de ver cómo el Nuevo Mundo regenera al Viejo”⁷⁰. Según queda apuntado, tal era en efecto la convicción del propio Washington.

Paine insiste en que la importancia de la independencia de Estados Unidos es algo más profundo que haberse emancipado de Inglaterra. Su verdadero interés reside más bien en haber operado una “revolución en los principios” y también en la “práctica” de los gobiernos, algo dominado por una vocación universalista: “Se irguió no sólo en su propia defensa sino en la del mundo, y miró más allá de los beneficios que ella misma pudiera recibir”⁷¹. En sintonía con esta visión Franklin en París vendría a ser algo más que el representante de un gobierno. Era más bien el representante del “Hombre”⁷², en cuanto reflejaría en definitiva los intereses de la Humanidad. Francia sería, no obstante, la principal beneficiaria de la revolución de principios protagonizada por aquella especie de nueva Atenas que vendría a ser América. De ahí que Paine decida permanecer en Francia mucho más tiempo del previsto inicialmente. Tal como le escribe a Danton el 6 de mayo de 1793: “Cuando abandoné América en 1787 tenía la intención de regresar al año siguiente pero la Revolución francesa, y la perspectiva que ella me ofrecía de extender los principios de libertad y fraternidad a la mayor parte de Europa me han llevado a prolongar mi estancia durante seis años”⁷³.

Th. Paine pertenece al grupo de los que frecuentan el Salón de Sofía Condorcet. Es también Sofía quien traduce al francés pasajes de los *Derechos del hombre*, siendo de gran aceptación en los círculos revolucionarios. En realidad la pareja Condorcet le sirve a Paine de intérprete y portavoz. El idealismo político y moral, el rechazo de todas las formas de opresión y discriminación, su talante cosmopolita, sus convicciones republicanas, la afirmación de la influencia de la Revolución americana en Europa, sobre todo en Francia, constituían otros tantos puntos de encuentro entre Paine y Condorcet, si bien el discurso condorcetiano se caracteriza por una mayor profundidad y por una mayor solidez.

Los americanistas franceses

Hemos evocado la presencia en Francia de tres destacados representantes de la Revolución americana y su esfuerzo por poner en conexión el referente americano con la realidad europea, especialmente la francesa. Condorcet figuró en el círculo de amistades de los tres grandes americanos y gracias a ello pudo adquirir un conocimiento más preciso y riguroso de la realidad americana. Sin duda estos tres representantes de la causa americana no fueron los únicos americanos

que actuaban en París difundiendo las nuevas ideas pero para nuestro propósito es suficiente con haberlos destacado aquí. Llegados a este punto parece oportuno evocar asimismo algunas de las figuras francesas que constituyen el llamado partido americanista, para completar de alguna forma el marco en que se sitúa la reflexión de Condorcet.

Ya queda apuntada, en líneas generales, la vinculación de la Revolución americana con el mundo francés. Se trataría ahora de darle una mayor concreción a la recepción francesa del legado de la Revolución americana. Amplia es la relación de americanistas relevantes. He aquí algunos nombres: La Fayette, Brissot, Turgot, Madame Helvetius, Madame Roland, La Rochefoucauld, Du Pont de Nemours... y por supuesto Condorcet. Había además un amplio círculo de simpatizantes cuyo grado de compromiso era más aleatorio, aunque efectivo en todo caso, como era el constituido por Diderot, Buffon, Sieyès, Mirabeau, Volney etc.⁷⁴. Entre las múltiples tomas de posición que tienen lugar en este periodo nos limitamos aquí a evocar alguna que quepa considerar representativa.

Cabría comenzar recordando cómo Diderot que andaba buscando un referente empírico para su concepto de una Europa racional, presta rápidamente atención a los acontecimientos americanos, y también a los escritos que aparecen sobre América. En 1769 se publica la versión francesa del ensayo de J. Dickinson *Cartas de un granjero de Pennsylvania a los habitantes de América septentrional* y ese mismo año publica Diderot una reseña en la que al referirse al contencioso que mantienen las colonias de América del Norte con la metrópoli ya anticipa que el desenlace tiene que ser la “ruptura”. Años más tarde cuando efectivamente se haya proclamado la independencia de esas colonias,

Diderot no dudará en dirigir la atención hacia América considerándola como un referente esperanzador para Europa. Así se expresa en un conocido pasaje de su ensayo sobre Séneca, al que cabe considerar como su testamento filosófico - político: “Después de siglos de opresión general, ¡ojalá la revolución que acaba de producirse más allá de los mares, al ofrecer a todos los habitantes de Europa un asilo contra el fanatismo y la tiranía, instruya a quienes gobiernan a los hombres, acerca del uso legítimo de su autoridad !”⁷⁵.

Si los acontecimientos de América pillaban a un autor como Diderot en el tramo final de su vida, a otros por el contrario lo hacía en su primera juventud. Tal es el caso, de una forma señalada, de La Fayette, precozmente famoso por sus hazañas en los campos de batalla americanos, que a la vez se deja ganar por los principios ideológicos de la Revolución americana. Cuando en 1782 regresa a Francia se

convierte en “héroe de los dos mundos”, siendo un referente importante de las ideas liberales y reformistas que trata de dilucidar hasta qué punto las enseñanzas de la Revolución americana son aplicables a Francia⁷⁶. Ocupó un lugar destacado entre las amistades y los colaboradores de Condorcet, hasta que los avatares de la Revolución los distanciaron.

La Fayette había tenido la oportunidad de conocer y examinar de una forma directa la situación de América, y no únicamente a través de los relatos, orales o escritos, a que se podía acceder en Francia. Otro destacado americanista, el que va a ser dirigente girondino, Brissot, cruza asimismo el Atlántico teniendo así la oportunidad de un conocimiento de primera mano de la realidad americana. De tal experiencia surgió su libro *Sobre Francia y los Estados Unidos* donde señala que la victoria de la libertad en América tenía un alcance universalista pues se convertía en un poderoso estímulo para la emancipación de la humanidad. Se muestra entusiasmado por la Constitución americana como modelo simple extraído de la naturaleza frente al modelo inglés más complicado y desfasado⁷⁷.

No obstante, el autor que más nos puede interesar aquí por su especial vinculación con Condorcet es Turgot. También en este punto le señalaba a Condorcet el camino a seguir. Turgot se apasiona prontamente por la causa americana y sigue con atención sus avatares, hasta la derrota del general Burgoyne en Saratoga. En París aprovecha la presencia de un personaje tan destacado como Franklin y se encuentra frecuentemente con él. De sus manifestaciones teóricas es de especial relevancia para nuestro propósito su *Carta al Doctor Price* de 1778.

Richard Price era un destacado teólogo y filósofo inglés que se había declarado pro - americano durante la guerra de la independencia. Franklin le había entregado a Condorcet, de parte del Dr. Price, un ejemplar de la obra de éste *Observaciones sobre la libertad civil*. Turgot aprovecha entonces la oportunidad para agradecersele y para exponerle su visión acerca de América y sus relaciones con Inglaterra. Turgot que había fracasado en su intento de modernizar a Francia de acuerdo con los principios de la Ilustración tenía que valorar especialmente que América hubiera sido capaz de llevar a la práctica el programa de la Ilustración.

Del importante escrito de Turgot, que va a tener un valor referencial para los americanistas, cabría destacar en primer lugar una crítica de Inglaterra por oponerse a la independencia de las colonias de América del Norte, una oposición que a Turgot le parece una “actitud absurda”⁷⁸. En segundo lugar hay que resaltar que Turgot, aunque con inevitables cautelas, - no se puede perder de vista la fecha en que fue

redactada la carta -, hace un elogio encendido del nuevo país que acaba de surgir. Ya en aquella fase inicial América se le presenta como la “esperanza” del género humano, y señala que puede llegar a ser su “modelo”. Debe mostrar al mundo “con hechos” que los hombres pueden ser libres y pacíficos, y prescindir de las cadenas que tiranos y embaucadores han pretendido imponerles a lo largo de los tiempos. Frente a ello América ha de ofrecer al mundo un ejemplo de libertad política, de libertad religiosa, de libertad de comercio y de industria⁷⁹.

La nueva república ha de alzarse como un asilo de libertad, como un refugio para los oprimidos, lo cual no podrá menos de tener consecuencias beneficiosas para el resto del mundo, sobre todo para Europa. De ahí también que según Turgot todos los hombres ilustrados habrían de sumar sus esfuerzos y sus luces a las de los sabios americanos para poder llevar a buen término la obra de su legislación. También desde este punto de vista América se abre a una perspectiva universalista.

Es precisamente en este plano en el que Turgot hace apreciaciones críticas a la labor llevada a cabo por los americanos. De nuevo aparece Inglaterra en el horizonte del discurso de Turgot, pues lo que especialmente critica a los americanos en el tema legislativo es la imitación abusiva de los ingleses: “En lugar de retrotraer todas las autoridades a una sola, la de la nación, se establecen cuerpos diferentes, un cuerpo de representantes, un consejo, un gobernador porque Inglaterra tiene unas Cámara de los Comunes, una Cámara alta y el rey”⁸⁰. Turgot iba a inaugurar así una crítica a la labor legislativa de los americanos según la que, a pesar de toda la admiración por América, se le critica, no obstante, permanecer demasiado influida por la tradición inglesa. Los debates constitucionales van a ocupar un lugar muy importante en Francia durante los próximos años y la referencia a América, tanto en la admiración como en la crítica, resultará insoslayable.

Condorcet y la Revolución americana

Todo lo que llevamos apuntado sobre la Revolución americana, sobre sus protagonistas y sobre su vocación universalista, sobre sus representantes en París y sobre la recepción francesa, incide, como es obvio, sobre la recepción condorcetiana del legado de esa Revolución y sobre su visión acerca de la proyección sobre la Francia prerrevolucionaria o revolucionaria. De hecho el nombre de Condorcet ha salido a menudo a colación, pudiendo constatar entre otras cosas su estrecha amistad y colaboración con personajes tan cualificados como Franklin, Jefferson, Paine, o bien Turgot y La Fayette, como representantes destacados de una nómina que podría ampliarse bastante más. Quisiéramos ahora centrarnos más explícitamente en esa

recepción, aludiendo a alguna cuestión fundamental pero sin pretender aquí ninguna exhaustividad ni en amplitud ni tampoco en el detalle de nuestro análisis. Es suficiente para nuestro propósito con retomar el hilo conductor que nos pueda permitir una satisfactoria visión de conjunto.

Es bien comprensible que el grupo de amigos y colaboradores de Turgot se mostrara particularmente interesado en los acontecimientos de América, en desentrañar su sentido y su alcance, y por supuesto en analizar su proyección en Francia, y a través de ella en Europa. No deja de ser significativo que Condorcet publique el mismo año, 1786, dos estudios relevantes que vienen a complementarse: la *Vida de Turgot*, un estudio notable dedicado a glosar el sentido de la obra y de los proyectos del gran autor ilustrado, y por otra parte el ensayo *Sobre el influjo de la Revolución americana en Europa*, un análisis de aquella Revolución que había triunfado allí donde los proyectos reformistas de Turgot habían fracasado, pero sin perder nunca de vista su proyección sobre la situación francesa, y a través de ella europea. Al hilo de esta cuestión Condorcet va a iniciar una reflexión que le va a conducir a señalar tanto los elementos comunes de la experiencia francesa y americana como de sus aspectos diferenciales.

Condorcet es considerado comúnmente como uno de los principales exponentes del partido americanista, quizá como el más brillante americanista, como uno de los hombres mejor informados sobre la realidad americana, uno de los que ponen mayor empeño en recoger impresiones y precisiones sobre esa realidad⁸¹. Por supuesto un autor como Condorcet no se limita a recopilar información sino que añade una constante reflexión sobre dicha temática.

De hecho su pensamiento político durante el periodo prerrevolucionario, y aunque en menor medida también durante el revolucionario, va a estar profundamente condicionado por los acontecimientos americanos. Aun cuando las tomas de posición respecto a la Revolución americana son múltiples, cabría mencionar al menos *Sobre el influjo de la Revolución americana en Europa* (1786), ensayo que cabe considerar como su principal texto americanista; *Cartas de un burgués de New Haven a un ciudadano de Virginia* (1787); y *Cartas de un ciudadano de Estados Unidos a un francés sobre los asuntos presentes* (1788). Como muestra del reconocimiento de Condorcet por parte de América cabría recordar su nombramiento en 1775 como miembro de la Sociedad Americana de Filosofía y como ciudadano de honor de New Haven en 1785.

A la hora de buscar un referente, un punto de orientación que permitiera encontrar una salida a la Francia prerrevolucionaria, Condorcet no encuentra tal referente en los tan frecuentemente

idealizados modelos antiguos. Reiteradas veces se va a manifestar en su obra contra tal proceso de idealización y se complace en expresar su convicción de que esos modelos resultan insuficientes para dar cuenta de la complejidad y de las conquistas del mundo moderno, particularmente para hacer justicia a los derechos individuales. De ahí que Condorcet constituya un eslabón para conectar con el espíritu liberal del siglo XIX y con la reafirmación de los “modernos”, tal como atestigua B. Constant⁸².

Tampoco lo encuentra en el anquilosado y poco operativo modelo inglés al que Condorcet no ahorra críticas. Tal referente va a encontrarse más bien en el modelo americano. Todavía en vísperas del estallido de la Revolución francesa afirmaba Condorcet que los ciudadanos americanos “habían asombrado” mediante la “sabiduría de sus leyes” a “las naciones más ilustradas” del viejo hemisferio⁸³. E incluso en el periodo revolucionario, en su *Eloge* de Franklin, se va a referir al pueblo americano como a aquél que “por la sabiduría de sus instituciones asombraría después a Europa”⁸⁴.

No es que Condorcet opinara que los americanos sobrepasaran a los franceses en luces, pero habrían tenido la posibilidad, lejos de los viejos prejuicios y ataduras, de llevar a cabo un programa de realización política que le había estado vedada a Francia. En este sentido muchas eran las cuestiones que interesaban a Condorcet con vistas a la transformación política de Francia, y después de Europa. Así cuando los americanos señalan que los textos jurídicos y políticos han de compatibilizar su dimensión universal con su condición revisable en cada generación, de acuerdo con los progresos de las Luces⁸⁵. En conexión con esto está el problema, igualmente esencial para Condorcet, de la declaración de los derechos del hombre. De ahí que estime que la acción pionera de los autores de la primera declaración de derechos, propiamente tal, la de Virginia, sea merecedora “del reconocimiento eterno del género humano”⁸⁶.

Los americanos habrían mostrado asimismo la realización práctica de todo un conjunto de libertades de los modernos, un verdadero ideal para toda la humanidad, y habrían mostrado también la viabilidad del régimen republicano para un país grande, en contra de determinados prejuicios clásicos... He aquí algunas de las grandes cuestiones planteadas por la Revolución americana que no podían menos de fascinar a Condorcet.

Esto no quiere decir, no obstante, que Condorcet propugne una imitación servil del modelo americano⁸⁷. Ya la *Carta al Doctor Price* de su maestro Turgot le había enseñado que era posible compatibilizar una profunda admiración por la Revolución americana con una serie de apreciaciones críticas en la obra legislativa de los americanos. También

en este punto Condorcet va a seguir la dirección señalada por Turgot. A la vez se le tenían que hacer patentes diferencias fundamentales entre América y Europa. Así, por ejemplo, en las *Cartas de un burgués de New Haven a un ciudadano de Virginia* reconoce abiertamente que en América es más fácil destruir la desigualdad social que en Europa dado que allí no sufren el sistema feudal ni otras muchas trabas de que adolece Europa⁸⁸.

Para nuestro propósito en este trabajo parece suficiente detenernos un momento en el análisis del escrito americanista más destacado de Condorcet *Sobre el influjo de la Revolución americana en Europa*. En este importante trabajo el pensador ilustrado no puede menos de manifestar su entusiasmo ante el “noble y conmovedor espectáculo que este pueblo joven ofrece al universo”⁸⁹.

La Revolución americana tiene sin duda una proyección universalista pero al mismo tiempo diferenciada: Condorcet se propone estudiar la influencia de esta Revolución “sobre la humanidad, sobre Europa y sobre todo sobre Francia”⁹⁰. Tal es el horizonte que aquí se reitera una vez más. Francia es la verdadera interlocutora de América, y a partir de Francia entra en colación Europa. En consonancia con ello el ensayo aparece dedicado a La Fayette “benefactor de los dos mundos”.

En Francia los grandes autores ilustrados habían dado expresión en sus escritos a los derechos del hombre. Pero no bastaba con que éstos estuvieran presentes en los libros de los filósofos y en el corazón de los hombres virtuosos. Era preciso, además, encontrarlos en el “ejemplo de un gran pueblo”. Era América quien ofrecía ese ejemplo. En el acto de proclamación de la independencia de América se contiene “una exposición simple y sublime de estos derechos tan sagrados y harto tiempo olvidados. En ninguna nación han sido tan bien conocidos y conservados con una tan perfecta integridad”⁹¹. Sin duda Condorcet tiene que reconocer que la esclavitud de los negros subsiste en algunos Estados, pero consideraba que se trataba de un defecto temporal pues estaban puestas las bases para su superación.

También considera que cabe advertir en los sabios legisladores americanos un determinado apego a los “prejuicios ingleses” o incluso aspectos residuales de fanatismo en las leyes de algunos Estados. Sin embargo ninguno de estos reparos es capaz de cuestionar a los ojos de Condorcet la superioridad del modelo americano frente a cualquier otro modelo tanto antiguo como moderno⁹². Además uno de los aspectos positivos que destaca Condorcet en la legislación americana es su carácter abierto, susceptible de ser revisado.

América se le presenta a los demás pueblos como patria de las libertades: política, religiosa, libertad de imprenta, de comercio..., de tal forma que América aparece como un gran país especialmente idóneo para ofrecer una demostración palpable de la perfectibilidad de la especie humana, tesis central en el pensamiento de Condorcet. América, estima, reúne las condiciones idóneas para ponerse al frente del progreso político de la humanidad y también por lo que atañe a los progresos en las artes útiles y en los conocimientos especulativos⁹³. De esta forma los aspectos positivos superan claramente a los negativos en la visión condorcetiana de América. El periodo que media entre la Revolución americana y la Revolución francesa supone el máximo acercamiento a la realidad americana.

Con el estallido de la Revolución en Francia Condorcet volverá a concentrarse en la realidad francesa y europea, aunque en realidad nunca la había perdido de vista cuando meditaba sobre América. Reconfortado por la experiencia americana, Condorcet va a proseguir hasta el estallido de la Revolución francesa meditando sobre la forma de racionalizar y modernizar el sistema político francés.

Condorcet y la proyección europea de la Revolución francesa

Si a lo largo de la Ilustración se ha podido hablar de la existencia de una Europa francesa, tal como queda apuntado, el estallido revolucionario que de alguna forma se considera heredero del pensamiento ilustrado, va a suponer un nuevo capítulo en la historia de esa Europa francesa.

Tanto por parte de los protagonistas de la Revolución como por parte de la opinión pública europea de carácter liberal e ilustrado se asume esa dimensión europea - y en definitiva universalista - de la Revolución francesa. Sobre todo la *intelligentsia* europea que aborrecía las estructuras obsoletas del Antiguo Régimen o que consideraba insatisfactorias las concesiones del llamado despotismo ilustrado no puede menos de mirar con entusiasmo los acontecimientos que se estaban produciendo en Francia⁹⁴.

Todavía en su madurez Hegel seguía evocando con entusiasmo los acontecimientos de 1789: "Todos los seres pensantes han celebrado esta época. Una sublime emoción ha imperado en aquel tiempo, un entusiasmo espiritual ha recorrido el mundo como si ahora por primera vez se hubiera llegado a una reconciliación efectiva de lo divino con el mundo"⁹⁵. Sin duda tanto el estallido de conflictos armados entre la Revolución y los pueblos vecinos como la deriva Terrorista del proceso revolucionario van a enfriar notablemente las relaciones de Francia con Europa (y con América), pero a pesar de todo la perspectiva europeísta

nunca se va a perder de vista y sobre todo a medio plazo va a condicionar profundamente la historia de Europa.

Tal perspectiva europeísta va a ser desde luego central en la visión que Condorcet se hace de la Revolución francesa. Resulta impresionante la frecuencia con que recurre al tribunal de Europa cuando aborda el problema de la Revolución. Sin duda recurre al evaluarla al tribunal de la posteridad, pues está convencido de que con la Revolución se está jugando por bastante tiempo la suerte del género humano. También se recurre al tribunal del propio género humano debido a su convicción de la dimensión universalista de la Revolución, pero de una forma especial se remite al tribunal de la Europa contemporánea.

Por supuesto cuando se trata de ensalzar la bondad de los principios revolucionarios para la emancipación de Europa, pero también cuando lamenta el surgimiento de violencias arbitrarias, de desórdenes innecesarios en el seno de la Revolución. Esto último supone a los ojos de Condorcet no sólo una degradación de la Revolución como tal sino también un deterioro de la imagen del proceso revolucionario por parte de las naciones extranjeras que siguen con atención la marcha de la Revolución⁹⁶. La Francia revolucionaria ha de ser un modelo para Europa y no un referente disuasorio.

La Revolución americana le resultaba fascinante a Condorcet porque ofrecía el ejemplo de un gran pueblo en el que habían sido puesto en práctica los grandes principios que animaban la Ilustración. Ahora Francia, una vez que se había mostrado inviable la regeneración de la monarquía y la reforma desde arriba, protagoniza su propia Revolución que también va a pretender llevar a la práctica el legado de la Ilustración. América de este modo ya no aparecía sola sino que asistiríamos a algo así como al surgimiento de una especie de bicefalía en la vanguardia de la libertad.

Condorcet va a constituir precisamente la mejor personificación de la conexión entre la Ilustración y la Revolución. Es la única gran figura de la Ilustración que se va a ver confrontada a la difícil tarea de oficiar como albacea del movimiento ilustrado en medio de la Revolución. Pero si la dificultad del reto era evidente, también se ofrecía por otra parte la posibilidad de que en Francia se realizaran finalmente las promesas largo tiempo aplazadas del movimiento ilustrado. He aquí la forma enfática como se refiere a este problema en las Memorias sobre la instrucción pública:”

Durante mucho tiempo he considerado estos puntos de vista como sueños que no podrían realizarse sino en un porvenir indeterminado y para un mundo en el cual yo no existiría. Un acontecimiento feliz ha

abierto de repente una carrera inmensa a la esperanza del género humano; un solo instante ha puesto un siglo de distancia entre el hombre del día y el de mañana”⁹⁷. La Revolución como realización de las promesas de la Ilustración. Tal es la visión que Condorcet comparte con otros muchos.

De este forma Francia protagonizaba la segunda gran realización de los ideales ilustrados. Iniciado el proceso en América, con la aprobación de la opinión pública europea, ese proceso había de extenderse muy pronto por Europa. Francia era el país europeo por el que debía comenzar la Revolución debido precisamente a la peculiar tensión existente entre un movimiento ilustrado de vanguardia y un régimen político obsoleto y trasnochado. Había así una línea de continuidad entre la revolución iniciada en América y la que tuvo lugar en Francia.

Pero había también toda una serie de rasgos diferenciales entre ambas revoluciones puesto que los conflictos que existían en Francia: políticos, sociales, religiosos, económicos eran de mucha mayor envergadura⁹⁸, y de ahí que haya ido acompañada de un mayor grado de violencia y de conflictividad, si bien tal circunstancia también habría provocado a juicio de Condorcet que los principios que orientaron a la Revolución francesa hayan sido “más puros, más precisos, más profundos que los que dirigieron a los americanos”⁹⁹.

En realidad se produce un proceso de ensimismamiento de la Revolución francesa, de forma que se ha podido afirmar, simplificando un tanto, que América ha constituido para Francia un modelo de libertad política pero que tiende a dejar de serlo cuando la Francia revolucionaria se convierte a sí misma en modelo¹⁰⁰.

Dicho proceso también afecta a un autor como Condorcet pero ello no le impide, lo mismo que a Brissot, seguir rindiendo homenaje al legado de la Revolución americana hasta el final. Así en el ensayo que corona su obra, el *Bosquejo*, no duda en referirse a los franceses y a los angloamericanos como a los dos pueblos “más ilustrados, los más libres, los más liberados de prejuicios”. De ahí que se conviertan para Condorcet en el referente del resto de la humanidad¹⁰¹.

Es cierto, no obstante, que Condorcet se va a centrar crecientemente en la Francia revolucionaria y en su proyección europea. El frenesí revolucionario resultaba muy absorbente, sus urgencias no dejaban tiempo para otra ocupación. Pero la referencia a Europa resultaba inseparable de esa reflexión dado que Francia no era concebida sino como la vanguardia política de Europa, como una especie de referente que habría de ser imitado por los pueblos que buscaran su emancipación política.

De ahí que la Francia revolucionaria tenga para Condorcet una clara vocación europea, en una especie de apertura hacia el universalismo de la libertad: "yo creo... que cuantos más pueblos libres existan tanto más está asegurada la libertad de cada uno de ellos"¹⁰². Sin duda esta dinámica conduce al ideal de la República universal pero de una forma más inmediata nos lleva a la utopía de una Europa libre y racional.

De ahí, tal como queda apuntado, las constantes referencias a Europa por parte del Condorcet pensador de la Revolución francesa. Así ocurre, por ejemplo, cuando medita sobre la reforma de la instrucción pública donde, según hemos visto, se remite a la autoridad de la "opinión general de los hombres ilustrados de Europa". O bien cuando colabora en la redacción de un proyecto de Constitución para la República francesa, y señala que este proyecto, en contraste con el presentado por los jacobinos, ha sido redactado por hombres "conocidos en Europa, por sus talentos o sus obras"¹⁰³.

De nuevo aparece aquí el tribunal de la Europa ilustrada como criterio último bien se trate de la enseñanzas de las ciencias o bien del criterio que sirve para avalar la competencia de un equipo que redacta un proyecto de Constitución. Un proyecto, por otra parte, acerca del que se ha podido afirmar que "nunca una Constitución francesa ha estado más abierta a los extranjeros"¹⁰⁴.

Especialmente significativa, entre las múltiples referencias del Condorcet revolucionario a los otros pueblos nos parece la proclama de 1792 *La República francesa a los hombre libres* en la que Condorcet nos ofrece una visión idealizada, aunque llena de grandeza y nobleza, acerca de cuáles habrían de ser las relaciones de la República francesa con los otros pueblos. Después de señalar que Francia mediante la Revolución recuperó sus derechos naturales, añade que la República francesa "respetará este derecho en las otras naciones y no empleará jamás ni la fuerza ni la seducción para obligar a un pueblo extranjero a aceptar o a conservar jefes que ella deseara rechazar, a mantener sus leyes si quisiera cambiarlas, o a cambiarlas si quisiera conservarlas"¹⁰⁵.

Lamentablemente la Revolución no se iba a mostrar tan altruista y generosa ni siquiera con un prohombre como Condorcet, pero esta proclama sirve al menos para documentar una vez más la grandeza de espíritu, el elevado humanismo de su autor. Por lo demás cabría recordar que en sus mensajes más diferenciados a distintos pueblos europeos: holandeses, germanos, suizos, hay también una misiva a los españoles, en la que considera que, por motivos políticos y geográficos, España sea quizá el país de Europa capaz de sacar de la Revolución francesa "las ventajas más rápidas e inesperadas"¹⁰⁶. Después de examinar someramente las causas de la decadencia

española, invita a los españoles a sacudir el yugo de los Borbones y a unirse a los franceses en una “causa común”. Han de ser, no obstante, los españoles quienes se han de dar, lo mismo que los franceses, las leyes que consideren más adecuadas para su felicidad.

En definitiva si Condorcet supone a nivel general una digna culminación del pensamiento de las Luces, también lo es en lo relativo a la concepción ilustrada de una nueva Europa, a la utopía de una Europa racional. Europa se presenta como patria de la ciencia y de la filosofía, y también de las libertades políticas, al menos por lo que atañe a la minoría ilustrada, dado que el poder establecido se muestra bastante impermeable a las nuevas conquistas. De esto último se va a derivar el importante grado de atención que a lo largo de una serie de años va a prestar a las nuevas experiencias americanas, aunque sin perder nunca de vista la posible incidencia en Europa de tales acontecimientos. Ninguno de los grandes autores de la Ilustración tuvo con América una relación tan profunda y sostenida como tuvo Condorcet.

Tampoco a ninguno de esos grandes representantes de la Ilustración le estuvo reservado el difícil cometido de tener que enfrentarse con la Revolución francesa. Condorcet sí tuvo que hacerlo. Con todo su idealismo, sabiduría y grandeza de espíritu, y también con todo su candor. Constituyó una oportunidad excepcional para volver a enfrentarse con el problema de Europa, de una nueva Europa que Condorcet esperaba que realizara por fin las promesas de la Ilustración, tal como habría ocurrido con la Francia revolucionaria, que comenzaba con una proclamación solemne de los Derechos del hombre y del ciudadano.

Lamentablemente ni en la propia Francia ni en el ámbito de sus relaciones con Europa las cosas iban a discurrir con la altura de miras que señalaba Condorcet, pero en todo caso su concepción de una Europa racional quedaría ahí como una de las grandes construcciones de la Ilustración en la que sin duda hay muchos elementos aprovechables para una visión moderna de Europa, por muchos que hayan sido los espejismos en que incurrió Condorcet.

Su concepción sigue siendo eurocéntrica, aunque en un sentido relativizado dado el protagonismo alcanzado ahora por América. De ahí que quepa hablar de bicefalía en la vanguardia de las libertades políticas. Sigue siendo válida a pesar de todo la crítica que se le dirige a veces a Condorcet en el sentido de que sólo tomaría en consideración un modelo de “perfectibilidad”, a saber, el que se confunde con la evolución histórica del mundo occidental¹⁰⁷. Fiel al espíritu universalista de la Ilustración, Condorcet se ha mostrado más sensible

a aquello que une a la totalidad del género humano que a los rasgos diferenciales que lo condicionan.

Referencias

1. ALBERTONE, M., “Condorcet, Jefferson et l’Amérique”, en CHOUILLET, A.-M. et CRÉPEL, P. (eds.), *Condorcet. Homme des Lumières et de la Révolution*, P.U.F., Paris, 1997.

2. APPLEY, J., “America as a Model for the Radical French Reformers”, en *The William and Mary Quarterly*, XXVIII, 1971.

3. ARENDT, H., *Sobre la revolución*, Madrid, 1988.

4. BACZKO, B., *Lumières de l’Utopie*, P.U.F., Paris, 1978. 5. BADINTER, Elisabeth y Robert, *Condorcet. Un intellectuel en politique*, P.U.F., Paris, 1988.

6. BAKER, K. M., “Condorcet”, en FURET, F. y OZOUF, M. (eds.), *Diccionario de la Revolución francesa*, Madrid, 1989.

7. CONDORCET, J. A. N., *Oeuvres complètes*, VI, Paris, 1804.

8. CONDORCET, J. A. N., *Sur les élections et autres textes*, P.U.F., Paris, 1986.

9. CONDORCET, J. A. N., *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano*, Edición de A. Torres del Moral, Madrid, 1980.

10. CONDORCET, J. A. N., *Escritos pedagógicos*, Madrid, 1922.

11. CONSTANT, B., *Escritos políticos*, Madrid, 1989.

12. COUTEL, Ch., “L’idée d’Europe chez Condorcet”, en *L’Enseignement philosophique*, No. 29, enero-febrero, 1995.

13. COUTEL, Ch., *Politique de Condorcet*, P.U.F., Paris, 1996.

14. DIDEROT, D., *Oeuvres complètes* (ed. de H. Dieckmann et J. Varloot), XXV, 1956.

15. ECHEVERRÍA, D., *Mirage in the West. A History of the French Image of American Society to 1815*, Princeton University Press, Princeton, 1968.

16. FERRONE, V. y ROCHE, D. (eds.), *Diccionario histórico de la Ilustración*, Madrid, 1998.
17. FORREST, A., “La Revolución y Europa”, en FURET, F. y OZOUF, M. (eds.), *Diccionario de la Revolución francesa*, Madrid, 1989.
18. FURET, F., “Présentation”, en BAKER, K. M., *Condorcet. Raison et politique*, Paris, 1988.
19. GAY, P., *The Enlightenment. The Science of Freedom*, II, New York and London, 1996.
20. GILNEY, L. M., *L'influence des Etats – Unis d'Amérique sur Brissot, Condorcet et Madame Roland*, Paris, 1930.
21. HEGEL, G.W.F., *Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte*, II-IV, Hamburg, 1968.
22. JEFFERSON, T., *Autobiografía y otros escritos*, Madrid, 1987.
23. HUME, D., *Mi vida. Cartas de un caballero a su amigo de Edimburgo*, Madrid, 1985.
24. LESSAY, J., *L'Américain de la Convention Thomas Paine, professeur de révolutions*, P.U.F., Paris, 1987.
25. PAINE, T., *Derechos del hombre*, Madrid, 1984.
26. PAINE, T., *El sentido común y otros escritos*, Madrid, 1990.
27. PALMER, R. R., *The age of Democratic Revolution I*, Princeton University Press, Princeton, 1959.
28. SPURLIN, P. M., *The French Enlightenment in America. Essays on the Times of the Founding Fathers*, State University of Georgia, Athens, 1984.
29. VOLTAIRE, J. M. de A., *Mélanges*, P.U.F., Paris, 1965.
30. VOLTAIRE, J. M. de A., *Oeuvres historiques*, P.U.F., Paris, 1978.

Notas

1 Condorcet, *Oeuvres complètes*, VI, 149. Salvo indicación en contrario citamos según la primera edición de las *Obras completas*, París 1804, 21 vol. en adelante: O.C.

2 O. C., VI, 192.

3 O. C., XI, 38.

4 O. C., VI, 171.

5 O.C., 171.

6 O.C., III, 92.

7 O.C., X, 145.

8 Voltaire, *Mélanges*, París 1965, 1210.

9 O.C., VI, 149.

10 Elisabeth y Robert Badinter, *Condorcet. Un intellectuel en politique*, París 1988, 65- 66.

11 O.C., V, 13.

12 O.C., 241.

13 Cf. Ch. Coutel, “L’idée d’Europe chez Condorcet”, en *L’Enseignement philosophique* (1995), janvier - février, 29.

14 Condorcet, *Bosquejo de un cuadro histórico de los progresos del espíritu humano* (edición preparada por A. Torres del Moral), Madrid 1980, 183 - 184.

15 *Ibid.*, 195.

16 O.C., IV, 372.

17 *Ibid.* 372 - 373.

18 Refiriéndose al comportamiento observado por Rusia con un sabio como Euler, Condorcet no puede menos de observar: “Un país que al comienzo de este siglo nosotros considerábamos todavía como bárbaro, enseña a las naciones más ilustradas de Europa a honrar la vida de los grandes hombres y su memoria reciente: da a estas naciones un ejemplo” (O.C., III, 62 - 63).

19 Condorcet, *Sur les élections et autres textes*, París 1986, 187.

20 Entre los innumerables testimonios acerca de este punto, recuérdese la apreciación de D. Hume:” es una gran satisfacción vivir en París a causa del inmenso número de gentes con sensibilidad, conocimiento y educación que abundan en esa ciudad, más que en cualquier otro lugar del mundo” (D. Hume, *Mi vida. Cartas de un caballero a su amigo de Edimburgo*, Madrid 1985, 21).

21 Cf. Elisabeth y Robert Badinter, *op. cit.*, 244.

22 K. M. Baker, “Condorcet”, en F. Furet y M. Ozouf (eds.), *Diccionario de la Revolución francesa*, Madrid 1989, 198.

23 Ch. Coutel, *Politique de Condorcet*, París 1996, 228 ss.

24 Condorcet, *Escritos pedagógicos*, Madrid 1922, 189 - 190.

25 F. Furet, “Présentation”, en K.M.Baker, *Condorcet. Raison et politique*, París 1988, XI.

26 O.C., XVI, 33.

27 Condorcet, *Sur les élections et autres textes*, 168 - 169.

28 Voltaire, *Oeuvres historiques*, París 1978, 1002.

29 Véase, por ejemplo, *Bosquejo...*, 197.

30 He aquí un texto representativo perteneciente a una nota del *Informe sobre la instrucción pública*:”Ved la libertad inglesa detenida en su curso por el respeto a una Constitución impuesta por la necesidad, pero convertida en objeto de culto supersticioso por efecto de la educación, por influjo real de los puestos y pensiones sobre los escritores políticos. Ved a este pueblo, que ponía una mano atrevida sobre los prejuicios cuando Europa entera estaba esclavizada por ellos, no osar, en un siglo más ilustrado, afrontar los abusos vergonzosos de que es víctima” (*Escritos pedagógicos*, 211 - 212).

31 *ibid.*, 105.

32 O.C., VI, 149.

33 O.C., XI, 215.

34 En este sentido le señala en 1780 a Madame Suard que viviendo en el país más ilustrado de Europa no puede estar contento al ver que se hace a medias lo que se hace de forma plena en otros países menos ilustrados. (Cf. *Correspondance inédite de Condorcet avec Madame Suard et Garat (1771 - 1791)*, París 1988, carta CLII).

35 *Bosquejo...*, 202.

36 Véase la carta a Voltaire del 22 de julio de 1774.

37 O.C., V, 149.

38 *Correspondance inédite de Condorcet et de Turgot (1770 - 1779)*, Genève 1970, 185.

39 O.C., II, 169.

40 Elisabeth y Robert Badinter, *op. cit.*, 327.

41 O.C., XI, 85.

42 O.C., XI, 171.

43 Ya en diciembre de 1773 Condorcet le escribe a B. Franklin interesándose por la vida de los negros en las colonias inglesas (cf. *Papers of B. Franklin*, XX, 490).

44 P. Gay, *The Enlightenment. The Science of freedom*, II, New York and London 1996, 568.

45 Véase H. Arendt, *Sobre la revolución*, Madrid 1988, 68.

46 Por lo que atañe a la presencia del pensamiento ilustrado francés en América, puede consultarse el documentado estudio de P.M. Spurlin, *The French Enlightenment in America. Essays on the Times of the Founding Fathers*, Athens, Georgia 1984.

47 Tal como señala P. Higonnet, “antes de 1787 y, en especial, antes de 1776, las trece colonias no produjeron un conjunto de grandes textos, libros o pinturas susceptibles de compararse favorablemente con sus equivalentes europeos. Y, no obstante, fue en América donde los valores de la Ilustración se difundieron con mayor amplitud entre la sociedad en general” (Art. “Estados Unidos de América”, en V. Ferrone y D. Roche (eds.), *Diccionario histórico de la Ilustración*, Madrid 1998, 411).

48 P. Gay, *op. cit.*, 558.

49 R.R. Palmer, *The Age of Democratic Revolution*, I, Princeton 1959, 240.

50 Véase, por ejemplo, AA.VV, *La Révolution américaine et l'Europe*, París 1979, 95.

51 P. Gueniffey, art. "La Fayette", en F. Furet y M. Ozouf, *op. cit.*, 251 - 259.

52 Cf. J. Appley, "America as a Modell for the Radical French Reformers", en *The William and Mary Quartely*, XXVIII (1971), 267.

53 D. Echeverria, *Mirage in the West. A History of the French Image of American Society to 1815*, Princeton 1968, 71.

54 Para un análisis del proceso histórico desde la Constitución de Pennsylvania hasta la Constitución jacobina de 1793 véase el trabajo de Horst Dippel "Aux origines du radicalisme bourgeois", en *Francia* 16 (1989), 61 - 73.

55 D. Echeverria, *op. cit.*, 161.

56 Th. Jefferson, *Autobiografía y otros escritos*, Madrid 1987, 178.

57 Así lo reproduce Condorcet en su *Vida de Turgot*, en O.C., V, 231.

58 D. Echeverria, *op. cit.*, 48.

59 O.C., IV, 162.

60 O.C., IV, 163.

61 Th. Jefferson, *op., cit.*, 71 - 72.

62 Carta a James Madison del 16 - XII - 1786, en Th. Jefferson, *op. cit.*, 431.

63 Carta a Barbé de Marbois del 14 - VI- 1817, en Th. Jefferson, *op. cit.*, 731.

64 Th. Jefferson, *op. cit.*, 523.

65 *ibid.*, 76.

66 Al abandonar Francia no puede menos de rendirle homenaje: "no puedo aquí dejar a este país grande y bueno sin expresar una idea de su carácter eminente entre las naciones de la tierra. Jamás he conocido pueblo más benévolo, ni un espíritu más cálido y devoto en sus amistades selectas.

Su amabilidad y generosidad con los extranjeros no tiene paralelo, y la hospitalidad de París está más allá de cuanto yo podía imaginar como posible en una gran ciudad. También su altura científica, las disposiciones comunicativas de sus hombres de ciencia, la cortesía de los modales comunes, la soltura y vivacidad de su conversación, proporcionan a su sociedad un encanto imposible de hallar en ninguna otra parte" (Th. Jefferson, *op. cit.*, 116). Un homenaje emblemático sin duda.

67 Para una visión más precisa de las relaciones Condorcet - Jefferson véase M. Albertone "Condorcet, Jefferson et l'Amérique", en A.-Chouillet et P. Crépel (eds.), *Condorcet. Homme des Lumières et de la Révolution*, París 1997, 187 - 197.

68 Th Paine, *Derechos del hombre*, Madrid 1984, 286.

69 Th. Paine, *El sentido común y otros escritos*, Madrid 1990, 3.

70 Th Paine, *Derechos del hombre*, Madrid 1984, 25.

71 *ibid.*, 162 - 163.

72 *ibid.*, 94.

73 Cf. J. Lessay, *L'américain de la Convention Thomas Paine, professeur de révolutions*, París 1987, 245.

74 Cf. D. Echeverria, *op. cit.*, 144 - 145.

75 D. Diderot, *Oeuvres complètes* (ed. de H. Dieckmann et J. Varloot), XXV, 355.

76 P. Gueniffey, *op. cit.*, 252 - 253.

77 L.M. Gilney, *L'influence des Etats - Unis D'Amérique sur Brissot, Condorcet et Madame Roland*, París 1930, 35.

- 78 Turgot, R.B., "Lettre au Docteur Price", en *Oeuvres*, V, París 1923, 533.
- 79 *ibid.*, 539.
- 80 *ibid.*, 535.
- 81 A.-M. Chouillet et P. Crépel, *op. cit.*, 188.
- 82 B. Constant, *Escritos políticos*, Madrid 1989, 262.
- 83 *Sur les élections et autres textes*, 383.
- 84 O.C., IV, 99.
- 85 O.C., XVI, 213.
- 86 O.C., XII, 234 - 235.
- 87 Ch. Coutel, *Politique de Condorcet*, 109.
- 88 *Sur les élections et autres textes*, 271.
- 89 O.C., 294.
- 90 O.C., 239.
- 91 O.C., 249.
- 92 O.C., 250 -251.
- 93 O.C., 274.
- 94 A este respecto véase A. Forrest "La Revolución y Europa", en F. Furet y M. Ozouf, *op. cit.*, 124 - 125.
- 95 G.W.F. Hegel, *Vorlesungen über die Philosophie der Weltgeschichte*, II - IV, Hamburg 1968, 926.
- 96 Véanse, por ejemplo, O.C., XV, 157 - 158.
- 97 *Escritos pedagógicos*, 120 - 121.
- 98 No podemos entrar en el marco del presente trabajo en una visión más diferenciada de las relaciones entre ambas Revoluciones. Véase la interesante síntesis que ofrece Ph.

Raynaud en su artículo “Revolución americana”, en F. Furet y M. Ozouf, *op. cit.*, 702 - 711.

99 *Bosquejo...*, 203.

100 AA.VV., *La Révolution américaine et l'Europe*, 106.

101 *Bosquejo...*, 226.

102 O.C., XII, 137.

103 O.C., XVIII, 467.

104 Ch. Coutel, *Politique de Condorcet*, 249.

105 O.C., XVI, 298.

106 O.C., XVI, 315.

107 Sobre este punto véase, por ejemplo, B. Baczko, *Lumières de l'Utopie*, París 1978, 203 - 204.